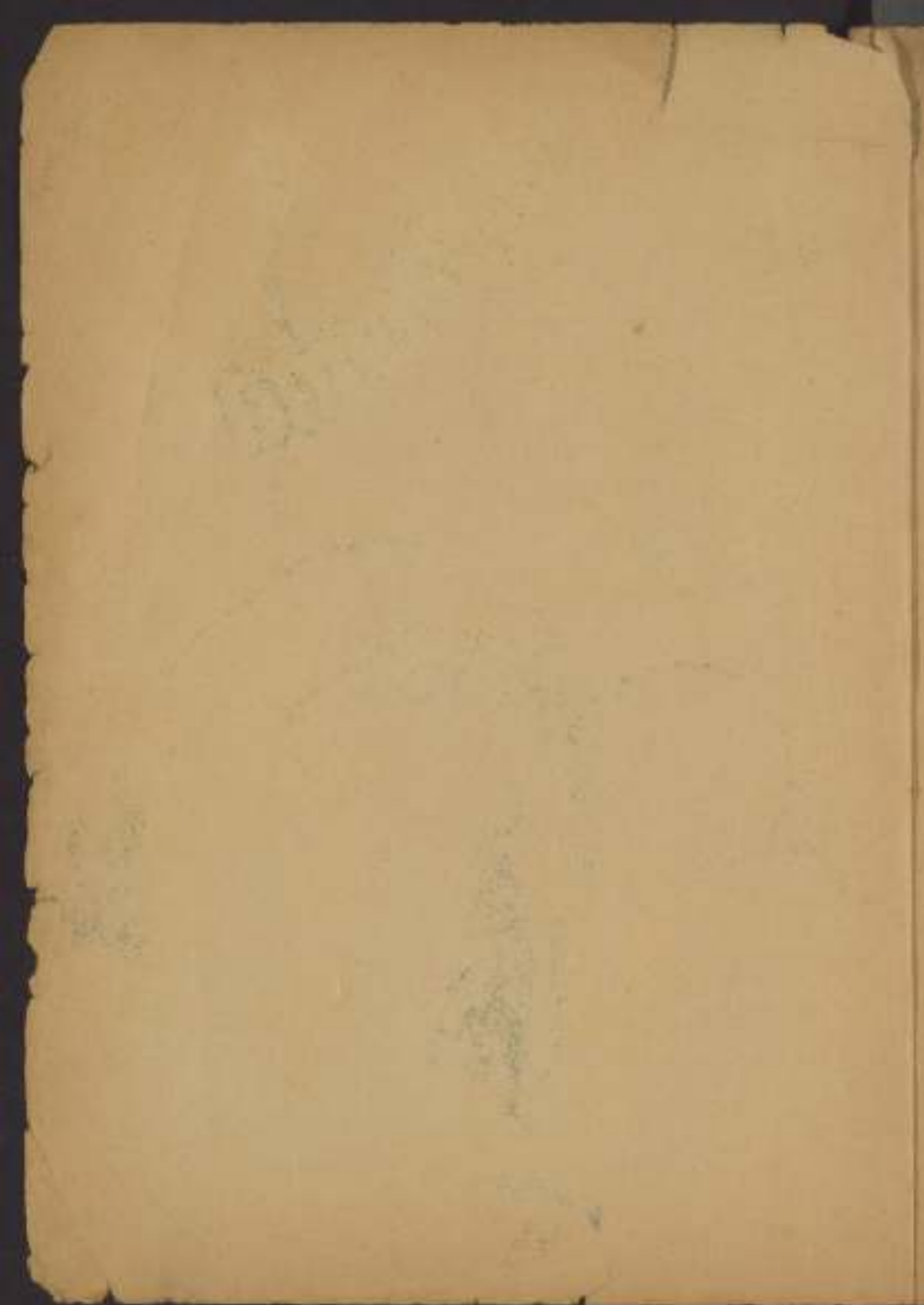


Dejada en prenda

A vintage movie poster for the film 'Dejada en prenda'. The poster features three main characters: a woman in a red turtleneck and a red hat with a white bow, smiling; a man in a patterned vest and a white fur-trimmed hat, looking down; and a young girl in a light-colored dress and a white lace headscarf, holding a baby. The background shows a stained glass window with a blue and white geometric pattern. The title 'Dejada en prenda' is written in a stylized, outlined font at the top. The names of the lead actors, Shirley Temple and Adolph Menjou, are written in a stylized font at the bottom right. At the bottom left, the text 'MOTION PICTURE EXCHANGE' is visible.

Shirley Temple
Adolph Menjou





DEJADA
EN
PRENDA

Reservados los derechos de
traducción y reproducción

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO: RAMÓN SALA VEDDAGUER

DIRECTOR LITERARIO: MANUEL NIETO GALÁN

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES

Valencia, 234 - Apartado Correos 707 - Teléf. 70657 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS

Sociedad General Española de Librería - Barbó, 16 - Barcelona

EDITORIAL

"ABS"

Publicación semanal

Año XII

Núm. 222

Dejada en prenda

Esta maravillosa interpretación de la sin igual Shirley Temple es una demostración de que la inocencia infantil como las aguas del Jordán purifica cuanto toca. El candor y la bondad de una niña precoz, es en esta delicada narración el elemento que une dos corazones, distanciados, porque les da motivos para conocerse, y este mismo candor motiva que unos desalmados conozcan la dulzura inflexible de hacer el bien por el bien mismo. Tema siempre edificante es **DEJADA EN PRENDA** donde unidas en maridaje perfecto la fantasía y la realidad dan al lector una narración que tiene toda la poesía de una bella quimera y el interés de los hechos reales.

PRODUCCION



DIRECTOR:
J. M. MESSERI

Teléfono 75005

Paseo de Gracia, 91 - BARCELONA

PRINCIPALES INTERPRETES:

| | |
|--------------------|------------------|
| Miss Marly | SHIRLEY TEMPLE |
| El Triate | ADOLFO MENJOU |
| Brazaletes | Dorothy Dell |
| Steve | Charles Bickford |
| Desengañon | Lynne Overman |

DEJADA EN PRENDA

RESUMEN ARGUMENTO
DE LA PELÍCULA

EL «PRINCIPE ENCANTADO»



os encontramos en una de esas oficinas de la tartufería como existen en tantos lugares del globo, alrededor de los hipódromos para desplumar las pesetas de quienes concurren de buena fe a depositar sus ilusiones en un caballo más o menos famoso, favorito de varias carreras, hasta que un buen día determina otra cosa la avaricia de sus propietarios.

El alma de aquella oficina era Steve, un sujeto fornido, atlético, de estatura elevada, capaz de tirar un toro al suelo con un solo puñetazo. Un individuo deprava-

do, sin más ambición que el dinero, por el solo afán de gastarlo, de gustar los mil placeres que proporciona.

En torno al hombre de presa, sus acólitos, aprendices de la tartufería que lo respetaban y temían por sus contundentes maneras de imponer su autoridad cuando alguien se descarriaba. Porque Steve lo mismo era capaz de quedarse con la plata del prójimo, sin el menor remordimiento de conciencia, que de mandar al otro barrio a un competidor que le jugara una mala pasada o de tundir a palos al más pintado si así le venía en gana.

Toda empresa de timo relacio-

nada con el «turf» debe estar bien organizada, y la de Steve lo estaba; tenía su veterinario, un sujeto ducho—como se verá—en las martingalas de su especialidad; los corredores de apuestas, jockeys de tan escasos escrúpulos como su dueño, y algunos de esos tipos de profesión indefinida: luchadores, boxeadores, revendedores de entradas y todo lo que se presentara; vagos profesionales, tipos que van a la caza de las migajas del festín; parásitos del deporte que un día brillaron en cualquier rama de las actividades deportivas y envejecieron sin haber tenido un oficio o conocimientos que les permitieran ganar la vida de una manera honrosa, con el sudor de su frente. Pies Cansados y Espaldas de Lona eran dos sujetos de esta especie, dos ejemplares de esa fauna pseudodeportiva. Sus narices romas y caras aplastadas, eran la más evidente demostración de que por aquellos rostros habían desfilado los puñetazos sin cuento ni medida. Como personificación de la animalidad, de la fuerza bruta, sin átomo de materia gris, hubiera sido difícil hallar dos ejemplares más representativos. ¿Qué hacían allí? Nada. Estaban con la esperanza de que les pagaran algún yantar a cam-

bio de barrer la oficina, ir a cuantos recados les mandaran y dar una paliza al primero que conviniera... Cualquier cosa, con tal de ir comiendo — ¡bebiendo sobre todo! — sin someterse a la dura disciplina de un trabajo regular, y jugarse con la mayor seguridad posible el dólar que llevara a su bolsillo el azar para darse con las ganancias una cu-chipanda de cuando en cuando.

Estos dos sujetos eran el último eslabón de la banda, lo más pobre y desdichado de aquella reunión de discípulos de Moanipodio, no porque en tiempos del célebre ratero sevillano existieran carreras, sino por la afición común a despojar al prójimo de lo suyo, con dolo, fraude y arteria.

Steve era propietario de un caballo llamado «Príncipe Encantado» que gozaba apreciable popularidad en los medios deportivos. Últimamente había tenido algunos tropiezos y la gente estaba un poco escamada. En realidad, no valía lo que hacía un año, cuando constituía una mina para su dueño y, precisamente, en aquella reunión se trataba de hacerlo valer como en sus mejores días: de hacerle ganar la carrera. ¿Cómo? Al precio de la vida del pobre animal.

El veterinario aseguraba que dándole una droga, sólo conocida por él, el caballo, destinado a correr la última carrera, dejaría muy atrás a sus contrarios. El procedimiento no podía ser más criminal, más inhumano; pero ya hemos dicho que Steve no era por cierto ningún sentimental. Necesitaba dinero y quería proporcionárselo de la manera que fuese. ¿Qué le importaba que «Príncipe Encantado» le hubiese dado en otro tiempo una fortuna? Ahora ya no valía y según su criterio, en este mundo, lo que no era útil estorbaba.

Uno de los miembros más curiosos de aquella reunión era un sujeto llamado John «El Triste». Más bien que un estafador era un sujeto que estaba en íntimo contacto con todos los fuleros, les prestaba dinero en los momentos de verdadero apuro, a cambio de joyas u otros objetos de un valor fijo, varias veces superior a la cantidad entregada, y vestía de una manera tan desastrosa que daban ganas de darle dinero para que reparara los estragos que el uso y su descuido habían ido causando en su indumentaria, con más lámparas que la fachada de un cine en día de gala.

John «el Triste» era amigo de Steve, dentro del grado de amis-

tad que el mutón se merecía y de la que era capaz de profesar John, más atento a su provecho personal que a conceder amistades, porque, por no dar, no daba ni el aprecio particular. Sabía por experiencia que el dar afecto suele ser el más caro de los lujos. Pese a su materialismo, que no desperdiciaba ocasión de ejercer la usura, John era en el fondo incapaz de atentur contra nadie, ni de reñirse. Verdadero zorro, tipo con más conchas que un galápago, le bastaba su astucia para luchar contra todos los impulsivos de la clase de Steve, cucos, fanfarrones, guapos de garito si venía al caso pero, por lo mismo que no tenían continencia en nada, presas fáciles para un hombre que no perdiera la serenidad.

John iba a jugar mil dólares al caballo de Steve, a condición de que la combinación ofreciera todas las garantías, pero al saber el cruel procedimiento de que iba a servirse, desistió de su empeño: le repugnaba la brutalidad. A decir verdad, nuestro hombre, bajo su capa astrosa, llevaba un corazón delicado. Era un sentimental y él lo sabía muy bien; por eso lo ocultaba con tanto cuidado.

Entre «El Formón», corredor de apuestas de la banda de Ste-

ve, que a ratos organizaba encuentros de lucha en los cafetines de los suburbios con «Pies Causados» y «Espaldas de Iona»—de quienes en realidad era verdadero jefe—, Miller y otro corredor de apuestas habían conseguido unos diez mil dólares a favor de «Príncipe Encantado».

La actitud de John «el Triste» y los diez mil dólares de los otros decidieron a Steve a realizar otra combinación. Haría perder a su caballo y se quedaría por carambola con el dinero de los demás. Aceptó pues los diez mil dólares e hizo correr la especie, por medio de sus segundones, de que él mismo jugaba diez mil dólares a favor de su potro, con la ventaja de dos contra uno.

La noticia corrió por bares y cafés, en voz baja, para señuelo de los pescadores de gangas, que muchas veces aciertan, pero muchas también son víctimas de un «gancho», como en la ocasión presente.

Las noticias que venían de la calle eran buenas: el público «picaba». Se podía jugar a la contra con la seguridad de hacer un buen negocio.

—¿Qué te detiene?—le preguntó Steve a John «el Triste».

—¡Demasiado dinero! Diez mil dólares no se ganan así como

así. Además—añadió John—esto tiene todas las características de una estafa. Si se te descubre lo vas a pasar mal, y no quiero meterme en líos. Abriré mi oficina de apuestas para que cada cual haga lo que le parezca, pero sin interesarme en el asunto.

«Desengañoso», el dependiente de John «el Triste», que asistía a la reunión, aprobó la conducta de su jefe con un movimiento afirmativo de cabeza.

En aquel momento irrumpió en la estancia, con paso firme, una muchacha realmente deliciosa. Era una chatilla bastante metida en carnes, sin ser gorda ni mucho menos, antes bien, perfectamente modelada, con unos senos perfectamente colocados en su sitio, turgentes, según podía adivinarse a través del ajustado traje de calle, cara oval, de diseño agradabilísimo, ojos inmensos, nariz un sí es o no respingona, retadora, de cara de poca vergüenza—esta es la verdad—y una sonrisa cautivadora que dejaba ver unos dientes más bien grandes, magníficos, perfectamente blancos e iguales. Un mordisco por aquella boca de nácar, con labios glotonos, de hembra sensual, debía ser algo realmente delicioso. Para que pareciese más incitante, era castaña oscura, de

un moreno casi negro y el brillo de sus pupilas daba a entender que aquella mujer era el polo opuesto de la frialdad.

—¡Hola, tacaño! — saludó a John con ademán entre confianzudo y desdenguado.

—¡Castigadora! — se limitó a contestarle éste, con una sonrisa.

La recién llegada, por no desentonar de la concurrencia, donde cada cual tenía su alias, se llamaba «Brazaletes». Posiblemente en algún tiempo debió tener un nombre—como cada hija de madre—, pero hacía mucho tiempo que ni ella misma lo recordaba, y si a cualquiera de sus amigos le hubieran preguntado por el nombre de pila y apellidos de la recién llegada lo hubieran puesto en el más grave de los aprietos. Debía su alias a la desmedida afición por los brazaletes. Estos eran su debilidad y cuanto más constelados de brillantes mejor. A ese afán por las cosas relucientes se debía que su virtud no se pudiera citar precisamente como ejemplo. A la sazón era la amiga de Steve, amistad que le demostró con un abrazo y sentándose sobre sus rodillas. Los contertulios estaban demasiado acostumbrados a tales efusiones para que les cogiera de sorpresa. Ni les extrañó aquello

ni les hubiera extrañado tampoco que la «Brazaletes» hubiera tirado a la cara de su amigo cuantos objetos andaban esparcidos por encima de las mesas, desde los pisapapeles en forma de herradura, símbolos de la buena suerte, a los tinteros y archivadores. Los arranques furiosos de la «Brazaletes» les eran sobradamente conocidos, así en materia de escándalos estrepitosos; semejante a tantas otras mujeres de su clase, no conocía los términos medios.

Con Steve ligaba muy bien. Eran dos caracteres iguales, que tras tundirse de lo lindo acababan por acariciarse con la misma furia, haciendo más dulce la reconciliación después del altercado. Opinaban que valía la pena reñir por la dulzura insospechada de hacer las paces.

Steve con los diez mil dólares en la cartera, ya no paraba en sí de gozo.

—Nos vamos a ir—le dijo a su amiga—. Te voy a comprar un brazalete.

No podían hacerle proposición más tentadora. Cerraron, pues, la oficina, y John «el Triste», no sin envolver en tiernas miradas a la amiga de Steve, se fué a la suya, donde a la sazón había empeza-

do ya la venta de entradas para la carrera. «Desengaños» iba despachando billetes con aquella displicencia que era la característica de todos sus actos. Dijérase que nació cansado y que ya nunca más había podido alejar de sí la fatiga que se trajo consigo al venir al mundo. Nadie como él, sin embargo, para despachar con un bostezo y una mueca desdeñosa a los gurriones conocidos que se acercaban a la taquilla para jugar a cambio de vales, cuando se les acababa el dinero, si es que alguno de ellos supo en su vida cómo eran la plata y los billetes. Precisamente acaba de despachar a uno que topó en la puerta con John «el Triste». Era un tal Eddie, habitual desperrado de las carreras.

—Te esperaba, John—le dijo.
—Ese «Desengaños» es un cinico que no se apiada de los amigos. Quiero jugar a «Príncipe encantado» veinte dólares. Te daré un vale y en cuanto gane...

—Acabo de venir del asilo de pobres y no se cabía... estaba a reventar.

—¿De qué?—inquirió Eddie.

—¿De tenedores de vales!—exclamó «el Triste», dándole con la puerta en el hocico.

En la ventanilla otro sablista

se las entendía con «Desengaños».

—¡Dos dólares, por favor! A «Príncipes».

—¡Dos tiros te voy a dar como no te largues, gorrón. ¡Déjame que despache a los que pagan con dinero contante y sonante!

«Desengaños» se extrañaba de que todos jugaran a «Príncipes». «El Triste» no tenía la menor duda de que aquella avalancha se debía a los manejos de Steve. El hipódromo estaba hasta los topes de gente afanosa, fija la mirada en los nobles bichos sobre quien cada cual había depositado sus esperanzas. Habían dado ya la salida de la primera carrera y el público, con los nervios todavía más tensos que los caballos, seguía las peripecias de la misma. El avisador de la radio iba dando cuenta por el micrófono de la posición de cada uno de los contendientes y de los resultados obtenidos.

Sin embargo, justo es consignar que los momentos de emoción al rojo no habían llegado todavía. Este pertenecía a la última carrera, donde se cruzaban las apuestas más considerables. Benny «el Formón», ayudante de Steve, había apostado cincuenta dólares con «el Triste», al caballo

«Fiambre» y se los había ganado, ya que a éste correspondió la primera carrera. John estaba de un humor endiablado. Cincuenta dólares eran para él cincuenta muélas. Y más aún que la pérdida en sí, le molestaba que se los hubieran ganado aquel sujeto, cuya risita sardónica había podido percibir muy bien a través de la línea telefónica. Aclaremos que «el Formón» se hallaba en otra taquilla, vendiendo también billetes, y por esta razón telefoneaba a su amigo, machacándole la ingrata nueva que ya conocía por el parlanchín de la radio.

En esta disposición de ánimo se hallaba cuando irrumpió un hombre en su oficina. Llevaba una niña en brazos y su rostro parecía bastante desenchafado. La chiquilla, en cambio, tenía una sonrisa más luminosa que todos los soles de junio. Chatilla, carirredonda, con unos bucles dorados de muñeca que aun hacían más esférica su cara; tenía un «no sé qué» en su rostro, una simpatía, un «ángel» un «aque-llo» que obligaba por fuerza a mirarla. El mismo «Triste», a quien se le daba de las criaturas lo que de las inundaciones de China, no pudo dejar de mirarla cuando levantó la cabeza para ver al intruso.

—Quiero apostar veinte a «Príncipes». Acabo de perder quinientos...—exclamó con la voz trémula del jugador náufrago, poseído por la fiebre de seguir apostando y sin medios para recuperar.

—No tomaría un vale de mi mejor amigo—objetó «el Triste» con tono que no admitía réplica.

Pero sería difícil hallar cosa más terca que un jugador ansioso de seguir probando la suerte.

—Le prometo que se los devolveré en cuanto los consiga.

—¡Consígalos primero y hablemos después!

—¿No ve que ahora no tengo tiempo? Faltan sólo unos minutos para que empiece la carrera. ¿Adónde quiere que vaya en tan poco tiempo?

—Eso no es cuenta mía.

—Le dejaré a mi hijita en prenda—murmuró exasperado.

—No aceptamos muñecas—terminó «el Triste» volviéndole la espalda.

La niña que había asistido sonriendo a toda aquella conversación, sin comprender muy a las claras aquel forcejeo verbal, al ver que «el Triste» se retiraba, cerrando tras sí la media puerta de la valla, exclamó con aquel acento picaresco que era peculiar de su habla por demás graciosa:

—Mira, papá, se va. ¿Tienes miedo de nosotros?

«El Triste» se volvió un poco desconcertado. La niña, sostenida por su padre, estaba de pie sobre la breve valla de madera que separaba el antedespacho destinado a los compradores de billetes de la taquilla y del despacho interior.

—¡Llévesela—dijo «el Triste» con tono imperativo, no sabiendo si enfadarse o reír por el desparpajo de la chiquilla.

Pero como el padre continuara en actitud suplicante, sin articular palabra, «el Triste», perdida ya la paciencia, repitió categóricamente:

—¿No me oye?

—¡Oh, tienes miedo de mí papá!—dijo la niña haciendo un mohín de gracia irresistible.

—Quizás a mí—masculló «el Triste» tan por lo bajo que no lo oyó sino él mismo.

La verdad es que aquella muñeca le hacía una gracia enorme. De buena gana se la hubiera comido a besos o la hubiese molido a azotes. Muy a pesar suyo, la seguía mirando. ¿Qué tenía aquel diablillo que así se ganaba su voluntad, aquella voluntad que se resistía a las mujeres más tenta-

doras y que no claudicaba ante los perdonavidas más bravucos?

—Tú tienes miedo de algo—insistió la niña, al ver la indecisión de «el Triste».

—Acéptale el vale—ordenó este a «Desengaños». La muñeca bien vale los veinte dólares—aclaró, como para disculparse ante su empleado de aquella debilidad que consideraba inculcable.

«Desengaños», que no salía de su asombro, objetó por decir algo.

—No es mala prenda.

—¿La entro?—preguntó el padre, mientras hacía ademán de dejarla en la parte interior de la valla.

—Déjela sentada en ese banco—señaló «el Triste», indicando al que había en la parte exterior de la salita de espera.

—Papá vuelve en seguida, hija mía.

—Ven cuando quieras. No tengo miedo—replicó decidida la muñeca, que parecía muy entretenida, inspeccionando con la vista las diversas particularidades de la habitación o los tipos que desfilaban por la taquilla.

LA CARRERA

En aquel momento conversaban con «Desengaños», «Pies Cansados» y «Espaldas de Iona». Confidencialmente le decían que iban a darle un sablazo a su jefe. Ya sabían que no se dejaría «morder», pero ¿y si cuajaba? Querían un vale de «dos ojos de bucy» a favor de «Príncipe» ganador. La negativa de «el Triste» fué cuan categórica cabe imaginar. No había razón capaz de convencerle. Y menos sabiendo él como sabía que el caballo a quien apostaban había de perder. Si hubiera sido al contrario, ¡quién sabe!, al fin y al cabo eran unos desgraciados, siempre dispuestos a servirle. Pero él no podía decirles que tiraban el dinero. Hu-

biera aparecido como cómplice de la jugada de Steve.

—Es que, aun cuando perdiéramos, se los devolveríamos esta noche—aclaró uno de ellos—porque tenemos una pelea.

—¿Con quién peleáis?

—Entre nosotros mismos. Se trata de una semifinal.

—¿De grecorromana?

—No, de boxeo. Organiza el el campeonato «el Formón» y nos paga cincuenta dólares.

—¿Con que «el Formón», he? —dijo «el Triste» satisfecho—. Pues mirar, en vez de los dos dólares os acepto un vale por los cincuenta que vais a cobrar. Acéptalo, «Desengaños».

El taquillero no acertaba a

comprender lo que podía sucederle a su jefe. Lo miró de hito en hito para ver si había perdido la razón, pero no lo parecía, por cuanto su cara denotaba la mayor satisfacción.

Los luchadores tardaban más de la cuenta en poner sus nombres sobre el vale. «Desengaños» les indicó en voz baja que se apresurasen, antes no se cayera del susto, y no pudiera darles los billetes de apuesta.

Cuando los bárbaros se marcharon comprendió «Desengaños» el extraño comportamiento de «el Triste». Este requirió el teléfono, llamó a «el Formón» y le hizo saber que la deuda de cincuenta dólares contraída en su mutua apuesta por «Fiambres» acababa de ganársela a sus luchadores. Al colgar el auricular aun seguía sonando la palabra ¡ladron! con la voz de «el Formón», desfigurada por la membrana del aparato. «El Triste» sonreía por primera vez en aquella tarde. Acababa de sacarse una espina de cincuenta dólares. ¡No era para menos! La venganza, como dijo el clásico, es el placer de los dioses.

La niña se aburría lindamente; cansada de mirar a todas partes con la fijeza de un cronista que quisiera trasladar al papel sus

impresiones, se entretenía llevándose los deditos a la nariz, para hacer ciertas cosas que el respeto al lector nos impide detallar y ya no hallaba ni en ello entretenimiento cuando, por fortuna, para su desasosiego, hijo de la inacción, entró en la estancia el negrito a quien se hallaba confiada la limpieza de los establos y guarda de los caballos. A la chiquilla, influenciada por las narraciones de las aventuras de los caballeros de la Tabla Redonda, con cuyos relatos la dormía su padre cada día, le chocó la presencia del mozalbete negrito, y en plena obsesión del romance aventuresco exclamó dirigiéndose a él:

—Tú eres el Caballero Negro.

Dizzy, pues tal era el alias del negrito, que no tenía ni noción de las andanzas del Rey Arturo, se limitó a contestar displicente:

—No hace falta que me lo digas.

—¿Y tu corcel?—inquirió la muchacha, aludiendo al famoso caballo del Caballero Negro, a quien quiere la historia que el héroe legendario deba no poca parte de sus hazañas—. ¿Dónde has dejado tu corcel?

El negrito la miró con los ojos desmesuradamente abiertos, con la misma extrañeza que si le hu-

quiera preguntado por la salud del Gran Lama del Tíbet.

—Sí, hombre, sí; ¡el de la mancha blanca!

—¡Ah, el de la mancha blanca! Sí, sí...—contestó el negrito, lo mismo que hubiera podido decirle «sí te entiendo que me emplumen».

Algo sucedió en aquel momento que obligó a todos a poner el oído atento, la mirada sin mirar en realidad a ninguna parte, a suprimir las palabras y contener el aliento: hablaba por todos el «speaker» desde el altavoz del micrófono instalado en el hipódromo de Aseot, anunciando la última carrera.

—¡«Príncipe Encantado» a la cabeza!—decía—. ¡Corre como si llevara alas! Sus patas van devorando el espacio!... Va en segundo lugar «Bingo», espoleado por su jinete que lo golpea duro con la fusta. ¡El público se levanta de sus asientos para ver mejor la carrera! ¡No puede dominar su emoción! Yo tampoco y eso que no juego nada... me lo prohíbe el médico para no emocionarme.

—«Príncipe» — continuaba el comentarista de la radio — ha vencido la primera revuelta de la pista, conservando la ventaja. ¡Bravo por «Príncipe»! «Bingo»

se queda retrasado; le pasa «Pie Alado», que ahora ocupa el segundo lugar. El «jockey» le pega. ¡Quiere alcanzar a «Príncipe»! ¡Ya le dan sus resoplidos en las ancas! ¡Se acercan a la segunda revuelta de la pista! ¡«Pie Alado» continúa avanzando milímetro a milímetro! ¡Ya le llega la cabeza a la altura del cuello de «Príncipe»! Los dos se disputan el terreno milímetro a milímetro, espumeantes, derecho el belfo, poseídos de furia. ¡«Pie Alado» prospera! ¡Ha pasado la revuelta por la parte exterior sin perder un milímetro de terreno! ¡Parece que se quiere adelantar! ¡«Bingo» se rehace y toma contacto con los otros dos! ¡Esto marcha, señores! ¡Los que no han venido se están perdiendo unos minutos inenarrables!

Era verdad, el público situado en torno a la pista, en las tribunas, en la «pelouse» y por los pasillos de la delantera, palmo-teaban, vociferaban animando a sus respectivos favoritos. El griterío era tan ensordecedor que no dejaba oír claramente las palabras del explicador. Las manos femeninas habían abandonado sombrillas, chisteras y monederos para accionar con mayor libertad. El suelo estaba sembrado de objetos que habían caído de las

manos de sus dueños; sin que, de momento, se cuidaran éstos de recoger. «Desengaños», tras la taquilla cerrada, mordía nerviosamente un papel. John «el Triste» se pellizcaba una mano con la otra y apretaba febrilmente los dientes. El negro miraba al altavoz con cara de bencio, y la niña chupándose el dedito, se escabullía discretamente por la puerta. El «speaker» continuaba ardoroso su comentario:

—¡Ahora corren juntos! ¡Cuello contra cuello! ¡Nariz contra nariz! ¡«Príncipe» primero por unos milímetros, «Pie Alado» en segundo lugar y «Bingo» tercero!... ¡Parece que «Bingo» se adelanta!... ¡No, es «Pie Alado» el que ha sacado ahora dos palmos de ventaja! Señoras, esta impresión agota. ¡Ya faltan sólo unos segundos! ¡«Pie Alado» lleva dos palmos de ventaja! ¡Le saca un cuello a «Príncipe»!... ¡Le lleva el pecho!... ¡Esto se ha terminado con la victoria de «Pie Alado» por medio cuerpo, y «Bingo» en segundo lugar! — concluyó el «speaker».

Un griterío inmenso acogió el final de la lucha. Vivas, blasfemias, imprecaciones, hurras... John se limpió unas gotas de sudor que discretamente perlaban su frente. «Desengaños» se caló

el sombrero que hasta entonces había llevado de medio lado, sin darse cuenta, se puso la americana y entregó el vale a John.

—¡Ahí tienes el vale a favor de «Príncipe». Espero que el padre de la chica habrá encontrado algún amigo generoso que lo saque del apuro... o que le admita otro vale—añadió con sorna.

—Guárdalo tú y cuando vuelva por la niña no se la des mientras no te pague.

—¡Ya no me faltaba otra cosa que verme convertido en niñera! —protestó «Desengaños».

—La niña no está aquí—exclamó el negrito.

—No se puede ser bueno—protestó «el Triste». Estoy seguro de que se la han llevado mientras escuchábamos. ¡Y tú, cara de carbón!, ¿por qué no vigilabas?

—La culpa es tuya, «Triste», por haber aceptado el vale. ¿Cómo te dejaste?...

—¡No lo sé!... ¡La vi tan bonita!... Y luego, ¡me miraba de un modo!

En aquel momento llegó un vendedor de helados con la chiquilla.

—Aquí les traigo esta joya, que me dice estaba con ustedes. ¡Se ha comido dos helados sin pagar.

—¡Repámanos, la niña sale al

padre! — murmuró «Desengaños». «El Triste» le pagará.

— ¡Yo no pago ni cinco! ¡Que pague su padre cuando venga! — protestó John, mientras cerraba tras sí la puerta que comunicaba con el despacho interior.

El vendedor se fué murmurando, y la chiquilla se quedó con Dizzi, encargado de vigilarla.

— Tu papá no viene — le decía el negrito.

— Se habrá olvidado.

— ¿Olvidado?

— Sí, una vez también me dejó olvidada y llevaron a la cárcel al que me encontró.

El negrito no quiso saber más. Tembloroso de que pudieran atraparlo, tomó a la chiquilla por la mano, miró bien a un lado y otro antes de ganar la puerta, y momentos después comparecía en el cabaret donde «Brazaletes» interpretaba una canción. Muy cerca del tablado, aposentados en torno a una mesa, estaban todos los profesionales de la tartufería saboreando el contenido de las botellas de whisky que había sobre la mesa. Hemos de aclarar que, además de la oficina que ya conocemos, el cabaret de «Brazaletes» era una especie de prolongación de aquella, donde se acababan de ajustar los negocios sucios concertados en la primera, o vi-

ceversa. Canción va y canción viene, situados en su rincón favorito, Steve y sus acólitos estudiaban allí sus planes de ataque. Después de todo no se estaba mal y podían apreciar además el arte de «Brazaletes», estrella de primera magnitud del tugurio elegante.

Llegó el negrito, que se quedó discretamente en la puerta, y la niña, con su habitual desparpajo, se fué hacia donde actuaba la cantante, jugueteando con los pliegues de su larga falda de cola. Era tan menudita que los caballeros — y perdonen que demos este nombre a los acólitos de Steve, aunque a la sazón lo parecieran por llevar smoking — sentados a la mesa situada frente al tablado, ocultaban por completo a la pequeña, de forma que el público no podía ver su gracioso entretenimiento. «Brazaletes», que en aquellos momentos entonaba una canción, quedó un poco desconcertada con la aparición de la pequeña, sin que su extrañeza fuera óbice para continuar la canción cuya letra rebaza así:

*En este paraíso
que para mí nunca
existió.*

*Dinero tengo yo
que sólo penas*

*me ocasionó.
He subido y caí
adónde voy,
pobre de mí.
¿Por qué no me llevan
donde todo acaba,
si ya no pido nada?*

—¡No estorbes!—dijo a la chiquilla en un aparte, molesta porque la pequeña parecía dispuesta a subirse al estreado.

*Es falso el amor,
y al mejor postor
se vende el honor.*

Una salva de aplausos coronó el último estribillo de la cantatriz que, nerviosa por la presencia de la niña y sus tironeas de falda, estuvo a punto de terminar la canción con más fatigas de las que ella misma imaginara. La pequeña había ido a refugiarse junto a los pantalones de Dizzy que estaba semioculto tras una columna. El negrito, con su jerga especial, explicó a «Brazaletes» el motivo de su presencia y el temor de verse enredado con la policía si lo cogían con la chiquilla. Por eso se había atrevido a llevarla hasta allí, y se iba sin atender a más razones; ¡que recogiera la chiquilla «el Triste».

puesto que era suya, mientras no le devolvieran el dinero.

No entendió todo aquello muy bien «Brazaletes», pero como el negrito no se avino a dar más explicaciones, en su afán de deshacerse cuanto antes del compromiso, la cazonetista tomó a la niña de la mano y se fue a la mesa de sus amigos. Por «Desengaños», que también formaba parte del corro, pudo saber de qué se trataba.

—¡Mía no es!—protestó «el Triste».

—Lo será mientras no te devuelvan el dinero—objetó «Desengaños». —¡Anda, y que no te va a costar cara la broma! Solamente de pensarlo me entran unas ganas de reír que me parto. Figúrense ustedes al «Triste» con una garantía que come, bebe y necesitará una criada para que se la guarde. Menudo gasto te van a traer los veinte dólares.

La fama de tacaño que tenía «el Triste» motivó que todos rieran de muy buena gana ante las manifestaciones de «Desengaños».

—¿Cómo te llamas?—continuó éste, dirigiéndose a la niña.

—Marthy Jane — repuso ésta sonriendo.

—¡Eso no puede ser!—protestó uno a quien habían puesto el

alias de «Sol Saliente». Aquí todos tenemos un apodo y no está bien que la pequeña falte a la costumbre. Ya que la han dejado en prenda, podríamos llamarla «Miss Marker».

El nombre de Marker pareció muy bien a todos los presentes. Tenía un gran parecido eufónico con el de Marthy, que en realidad era el de la chiquilla, y correspondía exactamente con su situación, ya que en inglés Marker equivale a prenda. Así se acordó llamarla en lo sucesivo, y cada uno de los reunidos celebró el bautizo con una nueva copa. Decimos mal, porque «el Triste» no bebió, no bebía nunca. Malas lenguas decían que lo hacía por aborrazar, aunque él aseguraba que se lo impedía una dolencia de estómago, dolencia que, según sus camaradas, era un magnífico truco inventado por el tacaño para disimular.

—¿Dónde vives?—le preguntó «el Triste» para ver si preguntándole el domicilio podía eludir la perspectiva de mantenerla.

—En una casa.

—¿Y en qué calle está esa casa?

—No es ninguna calle, ¡tontos!, es un castillo—exclamó la muchacha riendo.

—¿Y qué castillo es ése? ¿Cómo se llama?

—El castillo del caballero Lancelote.

—¿Lancelote?—exclamaron a coro varios de los reunidos, mirándose unos a otros como inquiriendo si alguien tenía noticias del castillo famoso.

El veterinario, que también estaba allí presente, como hombre más leído, aclaró a los reunidos el significado de las palabras de la pequeña. El castillo a que ella aludía era puramente imaginario, creado por el autor de un libro de cuentos para niños.

—Si que es instruida la criatura—aclaró asombrado Steve.

—Lista y regordeta — añadió «Sol Saliente», levantándola en vilo.

—¡Bah! No pesa ni cuarenta y cinco libras—exclamó un corredor de apuestas a quien llamaban Bugs.

No necesitaba más aquella gente que se pasaba la vida apostando para jugarse el dinero sobre si pesaría tanto o cuanio y de esta simple diferencia de apreciación nació la inevitable pugna.

—¿Te apuestas a que las pesa? —dijo «Sol Saliente».

—¿Cuánto apostamos? —dijo decidido Bugs.

—Cien dólares cada uno y el que gane se lo lleva todo—terció Steve.

Uniendo la acción a la palabra, cada uno de los reunidos depositó cien dólares en manos de «Brazaletes» que, por lo visto, era para ellos la persona a quien se le podía confiar el dinero sin temor a que saliera de estampía con el santo y la limosna.

Steve levantó a la niña como quien coge una pluma, y la sostuvo un momento en el aire, calculando su peso.

—Eres el caballero fuerte—le dijo Miss Marker con su habitual desenvoltura.

—¡Te ha conocido!—murmuró «Sol Saliente».

—¡Dejémonos de bromas, y al grano!—atajó Steve, halagado en el fondo—. Yo digo que la pequeña pesa cuarenta libras.

«Sol Saliente» para cerciorarse mejor la volvió a sospesar. El hombre parecía muy preocupado, subiéndola y bajándola verticalmente mientras protestaba de su mal ojo para calcular, aunque se afirmó en su opinión de las cuarenta y seis libras.

—¡Tú eres el caballero honradol—le dijo la niña.

Una carcajada general acogió el mote de la chiquilla. Steve opinó que la nena había confundido a «Sol Saliente» por otro.

—Habéis tomado a la muchacha por una pelota—protestó in-

dignada «Brazaletes», queriéndosela quitar a «el Formón», que era quien la tenía en sus brazos.

—¡Déjalos, lady Benevieve! A mí me gusta—dijo ingenuamente la niña.

—Tiene razón «Brazaletes» —aprobó «el Formón»—. La llevaré a dar un paseo.

Y dicho y hecho: la tomó por la mano y se alejó unos pasos no por pasearla, sino por preguntarle cuánto pesaba. Tan acostumbrado estaba a no jugar sin trampa que ni en aquel momento podía resistir la tentación. Pero la niña no pudo sacarlo de dudas.

Sólo faltaban por apostar «Desengaños», el veterinario y «el Triste». El primero se negó en redondo, aclarando que todavía le faltaban unos treinta whiskys para poder calcular con lucidez. «El Triste», después de muchos ruegos, accedió a sospesar a la chica, a instancias de ella, porque sus compinches ni podían ni lo hubieran convencido, y opinó, tras levantarla varias veces, que pesaba cuarenta y media.

Decidieron ir a pesar a la niña a la cocina del cabaret, y allá se fueron todos, llevando a la chiquilla de la mano «Brazaletes» y el veterinario: Doc, como le lla-

maban chuscamente sus compañeros.

—Tú eres el Buen Guardián, el que guarda el caballo de la princesa—dijo la niña al veterinario.

—¿Quién te lo ha dicho?—exclamó éste un poco asombrado.

—Mi mamá me lo lela.

—¿Dónde está tu mamá?—interrogó «Brazaletes».

—Se cansó de estar en casa y se fué. Papá se vistió de negro y dijo que mamá ya no volvería más.

Habían llegado ya a la cocina y, previo permiso del «chef», procedieron a colocar la báscula sobre una de las mesas. La muchacha, grácil, como un pajarillo, se colocó sobre la plataforma de la balanza automática. Le divertían las cosas de aquella gente original cuyo comportamiento no entendía ni poco ni mucho y le divertía también aquel ambiente, tan nuevo para ella. Hubiérase dicho, por la familiaridad con que hablaba a todos, que se había criado toda la vida entre ellos.

Los momentos del peso fueron de gran emoción y se suscitaron las consiguientes discusiones. Unos objetaban que la niña no llevaba el sombrerito puesto cuando la sospesaron y le hicieron quitar el sombrero. Otros se negaban a que la hiciera respirar fuerte Steve, como pretendía, creyendo que así se acercaría más al peso dicho por él. Con el peso de la niña, recibida bruscamente, la aguja comenzó a trazar bruscas oscilaciones entre cuarenta y cincuenta libras. Cada oscilación de la aguja motivaba en los corazones de todos un sobresalto. Por fin se paró definitivamente en cuarenta y cinco y media y un poquitín más. «Sol Saliente» fué el afortunado mortal que se llevó los dólares de todos y de propina una furibunda mirada de «el Tristes», que interiormente se daba a todos los diablos por haber accedido a la súplica de aquella mocosa, cuyas graciosidades no sabía negarle sin que él acertara a explicarse por qué.

EL «TRISTE», PAPA DE GUARDARROPIA

Con el fallo inapelable de la balanza quedó disuelta por aquella noche la reunión y cada cual se fué a donde tuvo por conveniente. «El Triste» se fué a su morada con «Desengaños» y la niña. Entonces fué cuando realmente se dió cuenta del engorro que se había echado auestas. Una molestia muy agradable, se decía para sí, pero difícil de llevar dada su condición de solterón sometido por añadidura a la vida irregular del jugador.

—Está en nuestras manos, «Desengaños»—le dijo a éste al llegar a casa.

—Está en las tuyas «Triste».

[A mí no me metas en honduras.

—Es que me gusta ser generoso.

—¡Ya lo creo! ¡Sobre todo si

hay que hacer algún dispendio!
¡Te conozco!

—Menos mal que su padre vendrá a reclamarla mañana.

«El Triste» le mostró a la niña el cuarto donde podía dormir, con una cama bien espaciosa por cierto, y le indicó que ya podía acostarse. Pero había que desnudarla primero. Precisamente el trajecito de la pequeña se abrochaba por la espalda y era forzoso ayudarla. Nunca se las había visto «el Triste» más grandes que oficiando de mamá! Ya sólo faltaba que para final exigiera que le cantase una canción. ¡Uf!, menudo suspiro cuando al fin consiguió quitarle las ropitas y colocarle como no estaba preparado para recibir niñas—una

choquetilla de pijama a guisa de camión de dormir. ¡Ya está!, pensó el hombre. Pero ¡no señor!; no estaba, ni muchísimo menos! La pequeña tenía costumbre de bañarse antes de ir a dormir: hubo que bañarla; y luego buscarle un cepillo de dientes y luego... «El Triste» se daba a todos los demonios. «Me he dejado enredar como un chino»—murmuraba para sus adentros.

Mediaba la mañana del día siguiente cuando Marky llegó a la oficina de su protector, de la mano de «Desengaños». Allí estaba también Steve que había ido en busca de un préstamo, «Pies Cansados» y «Espaldas de Loma» merodeaban por allí a la busca de algo. Steve tomó el teléfono y llamó a su amigo indicándole que debía ir cuanto antes a la oficina de «el Triste» con los brillantes.

La que se armó en el domicilio de «Brazaletes» no es para descrita.

—¡Así también yo me sentiría rumbosa!—exclamaba por teléfono—. ¡Ya te dejaste ganar ayer el dinero al poker! ¡Para esto valdría más que no me compraras nada!

Convengamos después de todo en que no le faltaba razón para expresarse en tales términos ni tampoco a la doncella negra de

la actriz para afirmar que las alhajas de su ama se sabía de memoria el camino de la casa de empeños. Cada vez que Steve se vela en un aprieto, ¡no fallaba!, las joyas de «Brazaletes» se traspasaban inmediatamente al Monte de Piedad. No solamente le molestaba por el temor de que un día irían y no volverían, sino y, especialmente, por la guasa que le gastaban sus compañeras de profesión. «¿Las tienes en la enfermería? ¿Dónde están tus brazaletes? ¿Han ido de baños?», y otras chungas por el estilo. Pero el temor a Steve era todavía mucho mayor.

«Pies Cansados» y «Espaldas de Loma», con el estómago vacío desde el día anterior, se atrevieron a abordar a «el Triste» para que les pagara un almuerzo so pretexto de que tenían hambre. John no vaciló en prometerles que les sacaría el vientre de penas, a condición de que cuidaran de Marky. La chiquilla no hacía más que enredar con todos los objetos del despacho. Tras algunas protestas de los interesados, que sentían el aguijón del hambre, quedó concertado el pacto.

Desde la ventana de la oficina se veía en la calle un vendedor de chucherías para los niños, cuyo carrito llevaba en la parte

anterior un poste decorativo, pintado como los palitos de menta que vendía. A Marky se le antojó que el palo de menta de sus dos metros y pico de largo, grueso como una pierna, le garantizaba el banquete de dulce más grande que podía soñar, y se lo pidió a sus guardianes. Estos que habían recibido la consigna de cumplir todos los deseos de la niña, a condición de que no la dejaran escapar ni de que se hiciese daño, ni cortos ni perezosos se fueron al carrito y arrancaron eladero de cuajo. Segundos después entraban en el despacho con el trofeo pedido por la señorita y tras ellos un italiano, jurando en varios idiomas que los iba a matar por haberle destruido la decoración de su comercio rodante. Otra vez tuvo que aflojar la bolsa «el Triste».

—Esta niña me va a resultar cara—comentó.

—¡Y con lo que come!—recalcó «Desengaños», recreándose en molestar a su jefe.

En aquel momento irrumpió «Brazaletes» con las joyas, y John, que a cambio de ellas prestaba los diez mil dólares a su amigo, las examinó atentamente. Terminado el examen le entregó el cheque convenido. Como en el curso de la operación se permitie-

ra «el Triste» hacer alguna alusión a la rumbosidad de Steve, para molestar a su amiga, ésta replicó con energía, tocada en lo vivo:

—¡Algún día caerás tú también! No creas que siempre pasarás por cerca de las mujeres sin dejarte algún jirón de la bolsa.

A decir verdad, la muchacha le tenía cierta antipatía a «el Triste». Le intrigaba la sangre fría de aquel hombre, tan metódico, tan calculador, tan correcto también, y quizá, detrás de aquella antipatía externa se ocultaba también ese poquitín de admiración que las mujeres sienten hacia los hombres que no se someten a sus caprichos ni se rinden ante su seducción. Era John un enigma que a ella le hubiera gustado descifrar, un hombre a quien hubiese querido rendir no para corresponderle, sino para hacerle sufrir la tortura del desdén.

Entre «Brazaletes» y Steve se entabló una discusión. Este último manifestaba que quería apostar los diez mil del ala a «Principes» y la otra aseguraba que el caballo era una ruina. «Triste» hizo cálculos asegurando que si ganaba se embolsaría cien mil. Pero todo se vino al suelo en

cuan to tomó la palabra «Desengaños», que con los pies sobre la mesa leía displicente un periódico.

—Ahrid las orejas—dijo—que vais a oír algo gordo... «¡Steve descalificado por un mes!» Siguió leyendo: «Se investigará la carrera de ayer por si hubo delito. El jinete niega el soborno.»

—No necesitarás este dinero—le dijo «el Triste».

—«Príncipe» correrá — afirmó Steve.

—Siendo tuyo, no.

—Quizás si se lo vendieras a «el Formón»...—terció «Brazaletes».

—No os lo recomiendo—apuntó John—. No me inspira confianza.

—Entonces, yo misma—exclamó la joven.

—Tampoco vale. Eres la amiga de Steve— aclaró John.

—¿Por qué no se lo traspasa a la estatua de La Libertad?—dijo «Desengaños», que siempre salía con alguna de las suyas.

La bailarina que también tenía su vista fija en el diario, leyó presa de viva excitación la noticia inserta en otra parte.

«Apuesta veinte dólares a un caballo, pierde y se suicida. En el bolsillo del suicida se halló un vale de veinte dólares.»

No cabía duda, era el padre de Marky. «Triste» y «Desengaños» se miraron con profundo desaliento. No habían contado con aquel final.

—Menciona también a la niña—añadió «Brazaletes», que seguía leyendo.

En aquel instante irrumpió ésta en la oficina, seguida de sus hambrientos guardianes. Venía sudorosa y jadeante.

—¿Cómo jugamos!—exclamó riendo.

—¡Sí, hija mía, sí; diviértete mucho!—dijo la artista, a punto de soltar las lágrimas.

—¡Llamaré a la policía para que se la lleven!—dijo «el Triste» con ademán resuelto, aunque se adivinaba el pesar a través de su energía.

—¿Y qué sacaremos?—interrumpió Steve.

—¡Póngame con la inspección de policía!—ordenó John a la telefonista.

—Con eso no se la devolverás a su padre—protestó «Brazaletes» quitándole el teléfono a su amigo y haciéndole desistir, con una mirada de súplica que acabó de convencerle.

Por la mente de «el Triste» cruzó como un relámpago un idea muy feliz, a juzgar por el brillo de su mirada. Obligó a Steve a

que tomase de nuevo el cheque de los diez mil dólares que aquél le devolvía, ante la imposibilidad de ver correr a su caballo.

—Te presté el dinero a condición de que apostemos a medias.

—No entiendo lo que quieres decir.

—«Príncipe» ya tiene amo— aclaró «el Triste» mirando a la pequeña.

—¿Ella?

—Sí, ella misma; lo que yo no podría hacer a mi nombre puedo hacerlo a nombre de la niña, sin que la Federación tenga nada que objetar.

Y dicho y hecho. Momentos después sacaban al caballo de la cuadra para transportarlo a las cuadras del hipódromo. El noble animal al ver a Steve se encabritó furioso. Dijérase que comprendía las malas intenciones que con respecto a él abrigaba su dueño. El veterinario explicó que los animales tienen un instinto especial para odiar a cierta clase de gentes, y le aconsejó a Steve que se retirara para no enfurecer más al inteligente pura sangre, que en cuanto desapareció su dueño, manso como un corderito, fué a lamer la mano de «Brazaletes» y de Marky, situadas frente a la cuadra, en el automóvil de «el Triste».

—¡El corcel!—dijo gozosa la niña, tratando de acariciarle con su manita.

—No tenga cuidado que no le hará nada—dijo el veterinario para calmar el susto de la actriz.

—Es muy manso.

—¡Yo quiero el corcel!—protestaba la chiquilla al ver que se lo llevaban—. ¡Quiero el corcel!

—¡Es tuyo, y bien tuyo!—le dijo su compañera.

—¿Mío? ¿Me lo das?

—Te lo acaba de comprar para ti «el Triste».

—Entonces ¿puedo montarlo?—preguntó saltando de gozo.

—Montarás cuando lo vuelvan del hipódromo. Ahora se lo llevan en ese camión, pero dentro de tres o cuatro días estará de regreso y podrás pasear cuanto quieras.

Marky dejó ir algunas lágrimas al ver que se llevaban aquel corcel en el cual creía ver ella ya al famoso alazán del Rey Arturo, pero ante las caricias de su acompañante se tranquilizó y volvió a recobrar la sonrisa.

Entretanto Steve daba órdenes a sus corredores para que las apuestas estuvieran a diez a uno. Habiendo perdido el caballo el día anterior, no sería difícil. Existía el inconveniente de que si se enteraban los demás jugadores

profesionales fallara la combina, pero Steve acordó marcharse a Chicago, para despistar y mandar las apuestas desde allá, poco antes de empezar la carrera, sin tiempo para que los de Nueva York se dieran cuenta de la superchería.

Le causaba cierto recelo dejar sola a la casquivana «Brazaletes» temeroso de que a la vuelta ya no se acordara de él. Como «el Triste» le recalcará varias veces que la apuesta sería a medias, según estaba convenido, conoecedor de la seriedad de su consocio accidental le encomendó también la guarda de la bailarina. Así lo prometió «el Triste», no asegurando salir airoso del empeño porque, a su juicio, la bella cantatriz necesitaba por lo menos tres vigilantes.

—Te has convertido en mi vigilante—dijo la actriz, cuando su amigo se hubo marchado.

—Lo necesitas — rectificó «el Triste».

—Si algún día estás ocioso avisa—añadió ella con tentadora expresión.

—Lo dudo mucho, porque ahora hago de niñera—repuso «el Triste» acariciando los dorados bucles de la pequeña.

—¿Quieres mucho a Marky?

—¡Qué remedio me queda!—

murmuró entre resignado y contento.

La conversación de ambos quedó interrumpida por el anuncio de la llegada de un periodista que pretendía entrar en la oficina. «Brazaletes», más avisada, como mujer, procuró ocultar a la niña. Casi no había tenido tiempo de resguardarla tras sus faldas, cuando entró el reportero preguntándole a John si el vale que exhibía, hallado en los bolsillos del suicida, era expedido por él, según denotaban las iniciales y preguntando también si sabía algo de una niña. «El Triste» negó ambos extremos y el periodista optó por marcharse, sin más explicaciones, convencido de que no le decían la verdad ni se la dirían tampoco.

Dos veces tan sólo había tenido ocasión «Brazaletes» de estar con la niña y ya le tenía un cariño verdaderamente maternal. Se comprende, si aquel diablillo tenía la facultad de captarse la voluntad y las simpatías de cuantos se le acercaban con mayor motivo había de captarse las de la actriz, que al fin y al cabo llevaba dentro una madre en potencia. Le dolió la idea de pensar que «el Triste» podía deshacerse de aquella niña que para él representaba un estorbo, y lo que

era más doloroso dada su manera de ser, un gasto, y hubiera dado cualquier cosa porque el gran tacaño no llevara a cabo su propósito de abandonarla. De buena gana la hubiese adoptado ella si las leyes permitieran que una mujer de vida tan equívoca como la suya pudiera hacerse cargo de una criatura. Cuando vino el periodista a interrumpir su coloquio iba a proponerle a John—con diplomacia, naturalmente, que la guardara consigo, pero no se atrevía, por temor a verse defraudada. No obstante, el mismo interés la hizo ser osada:

—¿Pienzas quedártela?—le dijo con acento de súplica.

«El Triste» se rascó un momento la oreja, siguió en él de profunda vacilación, y respondió al fin:

—No sé, por ahora... Es un compromiso muy grande para un hombre soltero como yo... Además, si vieras las dificultades en que me encuentro a cada paso... Francamente, quisiera, pero la realidad me hace ver lo contrario...

—¡Bah! ¡Todo es cuestión de acostumbrarse! Estoy segura de

que lo que ahora te parecen problemas irresolubles, dentro de quince días opinarás que son cosas de una sencillez asombrosa. Si me permitieras, hasta yo mismo te ayudaría... —se atrevió a insinuar con timidez.

«El Triste» se limitó a darle las gracias con una sonrisa en la que había más ironía que aprobación. Tan absurdo le parecía verse convertido él en mamá como advertir en la artista la voluntad de ayudarle en tal menester. Nunca hubiera sospechado «el Triste» que aquella mujer fuera capaz de ningún sentimiento que no estuviera presidido por el egoísmo. Ni ella podía imaginarse que su amigo podía sentir otros afanes que los meramente utilitarios. Y hete aquí que aquellas dos personas, que entre sí se repelían, por no conocerse, sin que esto implique el afirmar que entre ellos se iniciara una aproximación, ni mucho menos, empenzaban a dejarse de mirar con aversión, acaso porque comenzaban también a conocerse un poco mejor.

...Y VA DE CUENTO...

Debido a la ausencia de Steve y a las obligaciones que su nuevo cargo de mamá honoraria imponía al «Triste», la cuadrilla de fuleros en vez de reunirse aquella noche en el cabaret de Brazalete lo hizo en el domicilio de John, donde se formó una refiada partida de poker. «Desengaños», «Doc», «el Formón» y demás acólitos se las entendían con las cartas, en tanto que «Espaldas de Louas» y «Pies Cansados» oficiaban de nurses entreteniendo a la traviesa Marky. Aunque al principio parecieron un poco asombrados de lo magníficamente puesta que el gran tacuño tenía su casa, donde no habían estado nunca, no tardaron en habituarse al nuevo marco y

dar buena cuenta de los manjares guardados en la nevera.

A primera hora de la noche se les presentó el mismo problema grave que el día anterior preocupara al «Triste»: acostar a la niña y hacerla dormir. Tenían que dormiría, porque «el Triste» lo había mandado, y no de muy buen talante, pero ¿cómo? Ya la creían tener dormida, contándole cuentos, cuando salieron del cuarto y la chiquilla fué tras ellos a la mesa de poker, situándose junto a su protector. A una indicación de sus guardianas para que volviera a la cama, la niña les contestó con una de aquellas palabrotas que ellos mismos le habían enseñado.

«Desengaños» manifestó su

sorpreza con una exclamación zumbona y John declaró con disgusto que se iba volviendo mal criada, a cuya observación replicó Marky con otra contestación tan poco diplomática que hasta llamó la atención de «El Formón», no muy versado en reglas de urbanidad. De no haber mediado toda la pasión por el juego de «Sol Saliente» de seguro que se hubiese detenido momentáneamente la partida. Siguieron, pues, pero una indiscreción de Marky, al mirar las cartas de «el Triste», motivó que éste perdiera la partida.

—¡Vete a la cama!— le gritó con aire colérico.

La niña se marchó más que de prisa, con los ojos llenos de lágrimas. Aquel grito de su protector la hirió tan hondo que empezó a llorar con verdadero desconsuelo. Y fué curioso ver cómo todos aquellos viciosos, incapaces de dejar la partida aunque les hubieran dicho que se quemaba la casa, hasta no ver las llamas, suspendieron el juego y se fueron al cuarto a consolarla.

—No llores, nena, que te ha reñido sin querer— le decía «el Formón».

—¡No me quiere!— hipaba ésta— ¡No me quiere nadie!... ¡Yo quiero ir con mi papá...

Aquella exclamación inesperada obró el milagro de que aquellos hombres de corazón endurecido se sintieran conmovidos en lo más íntimo de su ser, mucho más de lo que ellos podían imaginarse. Se miraron en silencio, uno de ellos cogió en brazos a la muñeca, la colmó de caricias mientras la envolvía entre las ropas e intentaba en vano acallar por todos los medios aquellas lágrimas que tan hondo llegaban a todos, reunidos en torno al lecho «Pies Cansados» y «Espaldas de Lona» hacían piruetas como clowns de circo; «el Formón» le alargaba un magnífico reloj de oro.

—¡No lo quiero!—gritó Marky, sin cesar de llorar.

—¿Lo compraste?— preguntó «Sol Naciente», lleno de asombro.

—No te fijes en detalles— arguyó el zumbón «Desengaños».

«El Triste» permanecía en la habitación contigua. Sufría; hubiera dado cualquier cosa para acallar aquellas lágrimas. Los hipidos de la nena le entraban por los oídos como estiletes y le causaban una sensación tal de tristeza, una opresión tan rara en el pecho, que si no hubiera tenido miedo a confesárselo a sí mismo, hubiera dicho que aque-

llo eran ganas de llorar. Un ruido como de luchas y de cuerpos que ruedan por el suelo vino a sacarlo de su ensimismamiento. Penetró en la estancia y vió que, en efecto, «Pies Cansados» y «Espaldas de Loma» se vapuleaban de lo lindo. Había comenzado en broma una pelea para distraer a Miss Mark y concluían por tomárselo muy en serio.

Al principio, la chiquilla no hacía caso, pero luego olvidó el desconsuelo por los azares del encuentro y comenzó a reír de muy buen grado. Cuando «el Triste» llegó, estaban en su apogeo la lucha y el regocijo de Miss Marky. De buena gana los hubiera dejado continuar si no hubiera podido más en él el hombre práctico que temía —y con razón— por la integridad de sus muebles.

—Esto se acabó—ordenó con voz imperativa.

Separáronse los contendientes, y salieron todos de la habitación. —¿No jugamos?—interrogó «Sol Saliente» al ver que su anfitrión los empujaba hacia la salida.

—No, continuaremos la partida mañana. Por esta noche ya está bien.

Cuando se marcharon los otros la pequeña volvió a llorar, si bien esta vez lo hacía en silencio, como si quisiera sorberse las lá-

grimas, sin que se enterara su protector.

—¿Qué tienes ahora?—le preguntó «el Triste», un poco alarmado.

—¡Que no me quieres!—le reprochó la chiquilla.

John estaba realmente asombrado de la precocidad de aquella chiquilla. ¿Cómo había podido ella adivinar?... La verdad, no se había portado con ella con la delicadeza que exigía su despierta sensibilidad infantil. ¿Y por qué había de portarse mejor? ¿Qué obligación tenía él? ¿Qué culpa tenía ella? Se extrañaba él mismo de no haberla lanzado a la calle como un objeto inútil y se asustaba por el solo hecho de que semejante idea le pasara por la imaginación. Con gusto la hubiese acariciado de no considerar aquel impulso como una sensiblería indigna de él. La verdad es que la lucha interna que dentro de sí libraban el afecto irresistible que despertaba la pequeña y su afán egoísta de no claudicar lo tenían sumido en un verdadero caos mental. ¡Era tan graciosa, tan buena, tan desdichada y digna de que la quisieran!

En tanto que se hacía todas estas reflexiones, en menos tiempo de lo que se tarda en referirlas,

la iba metiendo en el lecho, arropándola cuidadosamente y contentiendo las manos para que no siguieran los dictados de aquel íntimo deseo de acariciarla.

—No llores más, que las niñas bonitas no lloran—exclamó una vez la hubo arreglado el embozo.

—Mamá me leía todas las noches el cuento del Rey Arturo... —imploró la chiquilla con voz suplicante, esbozando una sonrisa a través de sus ojos todavía humedecidos por el llanto reciente.

Con aquello no había contado «el Triste». ¡Leerle un cuento! ¿De dónde iba él a sacarlo? ¡Cómo no se lo inventara! Porque los que sabía no eran muy apropiados para contarlos en tales circunstancias.

—¡Sé razonable, pequeña! — imploró él a su vez.

—¡No quiero! — ordenó Miss Marky con esa testarudez propia de los niños voluntariosos.

Puesto que no había más remedio, John se resignó. Llevó una silla junto a la cabecera y... se quedó sin saber por dónde empezar.

—¿Cómo dices que se llama ese tío?—preguntó con aire de vencido.

—Rey Arturo.

«El Triste» tuvo una inspiración

repentina. Sacó un periódico que llevaba en la revólvera, se sentó sobre la cama, junto a la chiquilla y con la sección de las carreras de caballos ante su vista empezó a explicarle un cuento que él se imaginaba podía parecerse a los de la «Tabla Redonda». La nena lo miró con infinito reconocimiento y conforme avanzaba la supuesta lectura le pasó el brazo por el hombro, acariciándole el cuello. Jamás sintió «el Triste» una sensación tal de dulzura, de paz, de satisfacción tan tierna como al percibir el calor de aquella manita inocente. Era la alegría de sentirse objeto de un objeto de un afecto puro y la satisfacción inmensa de quien hace el bien.

«Puedes apostar» — leía con dificultad, porque iba improvisando — todos los cuchillos y tenedores de la cocina a que el caballo... el caballo del Rey Arturo es el mejor de todos. Mañana, cuando el Rey Arturo arranque, los dejará atrás a todos... aunque la pista esté fangosa, igual que el año pasado...»

Al correr de la trabajosa narración el contacto de la manita se fué aflojando, resbaló lentamente hasta caer en la almohada y sobre ella se quedó abierta, extendido el brazo, vuelta hacia



Steve y «Brazaletes»
formaban una de tantas
parejas unidas -
aunque no lo pareciera
- no por cariño, sino
por el terror.



«El Triste» tuvo que
ahonar lo que a la
niña se le antojó era
palito de menta.



La chiquilla se dirigió con actitud rasueha al estrado donde cantaba «brazaletes».



- Pesó cuarenta libras y media - dijo «el Triste», después de haberla suspesado a conciencia.



La pesaron en la balanza de la cocina del zócalo.



- ¡He dicho que lo pague! - ordenó «el Triste» en un tono que no admitía réplica.



- ¿Qué tenía aquella
chiquilla que así les
había robado el cora-
zón.



- Soy igual que tú,
John, la quiero, pero
me resisto a admitirlo.



«Benzatetes» tonta
para la chiquilla mi-
mos y ternuras de
verdadera madre.



- Sieve está fuera, no
se enterará de nada.
Además, soy tu guar-
dian.



—¡Dios mío!... mán-
dale al «Eliete» un
traje nuevo, porque el
que lleva está impo-
sible.



Aquella chiquilla, tan
risueña, tan simpática,
se le había metido a
John muy hondo en su
corazón.





Ante la gravedad del estado de la pequeña decidieron llevarla con urgencia al hospital.



...y cuando la niña entró, vestida de princesita, todos los caballeros hicieron una reverencia moscovita, blandiendo de tal forma sus sombreros que parecían querer borrar con ellos el suelo.



Mal de su grado, ante la amenaza de las pistolas que guardaban la puerta del quirófano, Steve se dispuso a reparar el daño dando su sangre a la pequeña.



-¡Mis bravos caballeros y aquí a la izquierda Sir Lance-
tole.

arriba la palma, como en actitud de implorar un poquitin de cariño, de comprensión y de ternura. Miraba «el Triste» enternecido aquella mano y aquella actitud que eran todo un símbolo cuando sonó repetidamente el timbre, con insistencia que le hizo correr hacia la puerta, temeroso de que el estridor de la campanilla hiciera despertar a su pupila, con tanto trabajo dormida.

Abrió y apareció «Brazaletes», seguida de un sujeto de edad madura, irreprochablemente vestido.

—Echa a ese pelmazo que me ha venido siguiendo y he tenido que refugiarme en tu casa para deshacerme de él.

John, con el gesto indignado de un marido a quien cortejan a su esposa, despidió al intruso de manera tan expeditiva que éste salió de estampía.

—¿Por eso no has venido?—inquirió desconfiado, y de pésimo talante.

—Por eso y porque eres mi guardián. Justo es que te dé cuentas de mis pasos durante el día y parte de la noche.

—¡Tu guardián! ¡Ni diez guardias bastan para tí! Ya se ha marchado ese sujeto, de modo que nada tienes que hacer aquí. ¿Te parece correcto—decía cada

vez más exaltado—venir a mi casa a altas horas de la noche? Si a tí no te importa la consideración que debes a Steve, a mí sí...

—¡Caballero Triste! —gritó Miss Marky a quien habían despertado durante la discusión.

—¿Lo ves? —clamó éste—. ¡Me ha costado un triunfo hacerla dormir y ahora me la despiertas! ¡Debería estrangularte!

—Ya la haré dormir yo.

—Y en cuanto se duerma lárgate de aquí—concluyó «el Triste», yéndose a su alcoba.

«Brazaletes» entró en la habitación de la niña y al preguntarle por qué no dormía se vió favorecida con un descaro que la llenó de desconcierto. Dos días de estar con aquellas gentes habían bastado para transformar la chiquilla modosita en una deslenguada sin educación. La acarició mimosa y comenzó a cantarle una dulce canción de cuna:

*Duérmete, preciosa,
pícarona,
que durmiendo lejos
del mundo vivirás.
Y da las gracias al cielo
que en tu camita estás.
El día pronto vendrá.
En las noches*

*que te esperan
ya verás.
Y en seguida cuenta
te darás,
que desde el día
en que nace una mujer,
siempre le toca perder.
Tienes corazón,
mas te tratan
cual muñeca de cartón.
Sin excepción
sufrimos todas
en manos de un bribón.
Sueña, preciosa,
en tu cárcel.
Sir Galabad esperando
está.*

«El Triste», que desde su alcoba oía la cadenciosa canción cantada por la artista, al influjo de su arrullo que por alejado le llegaba quedo, se durmió profundamente. Miss Markey quedó también como un leño. En cuanto a «Brazaletes», se había acostado vestida, junto a la niña, tapada solamente con el edredón y recostada su cabeza junto a la niña en otra almohada, para cantarle la cancioncilla en voz hien queda, pero cansada como estaba de bailar todo el día en el cabaret, se quedó asimismo profundamente dormida.

CUENTO... Y REALIDAD

El tintinear de los utensilios de cocina que a primera hora de la mañana manejaba «el Triste», preparando su desayuno, hizo levantar presto a Miss Marky, por mor de un gusanillo escondido en su estómago que le pedía alimento con tonos imperativos. Tenía hambre. En vano le dijo John que esperara la llegada de la nurse.

—Es que «tenemos» hambre— insistió la pequeña.

La repetición de la palabra «tenemos» que antes había notado «el Triste» y que no la rectificó por creerla una equivocación, le llamó la atención en esta segunda vez.

—¿Qué es eso de tenemos? Se dice tengo.

—No, no— aclaró la niña—; «tenemos», ella y yo.

El hombre se precipitó en el cuarto, encontrando a la artista en el más placentero de los sueños.

—¿Tú aquí?— le dijo, echándola del lecho de un empujón.

—Ya lo ves—repuso la interpelada, sin alterarse—. ¿Y Marky?

—¡Despierta!

—Me dormí cantando.

—¡Por no perder la costumbre!—gruñó «el Triste». ¡Pero a dormir podías haber ido a tu casa! ¿Qué te has creído?

—¡Cállate!— le increpó ella, ofendida por aquella desconsideración.

—¡Déjate de discusiones y a tu casa! ¡Andando!

—¿Así?, ¿con el traje de noche a estas horas?

—Así mismo. ¡Tomas un taxi y en paz!

—Cualquier día...—gritó ella aludiendo a que haría un disparate.

—¡Cualquier noche!—gritó su interlocutor, sin dejarle acabar.

—¡Tú tienes la culpa!—protestó llorosa «Brazaletes».

—¿Por qué viniste? —clamó John cada vez más exaltado.

—No volverá a suceder. ¡No me verás más!

—¡Me alegro!

—¡Y yo también!

La discusión, pese a su tono agrio, tenía algo de cómico. La furia de ambos dejaba adivinar que, en el fondo, aquel encono era más bien simulado que otra cosa. La oportuna llegada de Marky terminó la discusión. La niña quería que la vistieran y «Brazaletes» accedió gustosa. Primeramente llamó a su doncella negra para que le llevara la ropa de calle a casa de «el Triste». La negra esbozó al oírla una sonrisa de inteligencia, dando a comprender que estaba de vuelta con respecto a la conducta de la señorita y su amigo; se tomó

un copa para celebrarlo y dispuso acto seguido la maleta.

Cuando «Brazaletes» fue a poner a la niña su pobre vestidito vió que tenía un jirón muy respetable. Por fuerza había de ir con aquél. No tenía otro. Como «el Triste» había salido echando chispas, según se dice vulgarmente, no pudo hacerle la petición de renovar el ajuar de la niña, a lo que acaso no hubiese accedido, según pensaba la bailarina, pero en su fuero interno se formó el propósito de arreglar aquello, y cuando «Brazaletes» intentaba algo se salía con la suya.

En efecto, hacia el mediodía, cuando «el Triste» y «Desengaños» se hallaban en la oficina, recibieron la inesperada visita del mozo de un almacén que llevaba varios paquetes y una factura de cincuenta y dos dólares.

—Dice que son para usted—le indicó «Desengaños».

—«El Triste» abrió una de las cajas y se encontró con un precioso vestido para Marky. Era de seda, lleno de lindos volantitos. Mientras lo miraba y remiraba, iba pensando que la chiquilla parecería con aquello una muñeca.

—¿Quién ha pedido eso? —

preguntó, sin dejar de mirar el vestido.

—Miss Carson—repuso el mensajero—, y dijo que aquí lo pagarían.

Bueno será aclarar que el auténtico nombre de «Brazaletes» era Miss Carson.

—¿Que pagaríamos aquí qué?—exclamó «Desengaños» en son de chunga.

—Cincuenta y dos dólares—repitió el empleado.

—¡Cincuenta y dos narices!—dijo riendo «Desengaños».

—¿No es ésa la cantidad?—preguntó algo confuso el empleado, que no comprendía el tono de su interlocutor.

—¡Páguelo!—ordenó «el Triste» a su cajero.

—¿Que le pague?—balbució éste sin dar crédito a sus oídos.

—¡Hazlo tal como te lo digo!—insistió John.

El asombro de «Desengaños» ante aquella orden no es para descrito. Si no se llega a coger en la mesa se hubiera caído al suelo de la impresión. Pagó, pues, tembloroso—todo hay que decirlo—, porque creyó que su principal había perdido el juicio, y dió orden al mozo para que llevara los paquetes al domicilio de su jefe.

Cuando «el Triste» llegó a su

casa halló a Marky vestida de nuevo y a «Brazaletes» radiante de satisfacción, como si hubiera sido ella quien estrenara los vestidos. Marky cogió de la mano a su protector y lo llevó ante los paquetes, donde le explicó con gran alborozo la enorme cantidad de cosas y de trajes que le acababan de llevar.

—¡Cincuenta y dos dólares para esta muñeca!—murmuró en voz baja, aunque no tanto que no lo oyera la actriz.

—Si tanto te duelen, ¿por qué no la devuelves?

—Ya es tarde. «Desengaños» lo pagó.

Mintió deliberadamente. No quería sentar plaza de hombre sensible. En aquella ocasión, como en muchas otras, aunque interiormente sintiera la satisfacción de haber obrado bien, le molestaba que lo supieran los demás. La hosquedad es la más cara a que recurren los hombres de corazón sensible, para no ser víctimas de los sablazos de quienes conocen su punto vulnerable. Y este sistema es el que con gran éxito había aplicado «el Triste» siempre. Su fama de tacaño, que no quería perder, le había librado de no pocas peticiones.

«Brazaletes» se llevó una desilusión grande. Se había forma-

do mejor concepto de John. Aquella afirmación de que había pagado «Desengaños» daba al traste con todas las buenas opiniones que ella se había hecho sobre el buen fondo de «el Tristes».

—Veo que me equivoqué—se lamentó la hailerina.

—¿Por qué?—inquirió John.

—¡Por nada! Dejémoslo. Estás tan metalizado que no me comprenderías.

—Parece que mi casa te va gustando más de la cuenta.

—En efecto—repuso ella sentándose sobre un amplio diván.

—Steve telefoneó ayer noche cuatro veces, para ver si me encontraba en casa. Yo le he telefonado explicándole que quise dormir a Marky y...

—Lo has preparado ya ¿eh?

—Por lo que pudiera suceder— aclaró ella.

—No te entiendo.

—Ya me entenderás—dijo ella con tono enigmático.

En verdad que John no la comprendía. Hablaba con una reticencia, con un doble sentido, entre prometedor y despechado, que resultaba un poco difícil desentrañar en aquellos momentos aquel complejo femenino.

—¡Perros! ¡Bandidos! ¡Hala, sacudirse las moscas! ¡Veréis si

empuño el látigo la que os voy a dar, por canallas! ¡Hurra al ganador!...

Así se expresaba la gentil Marky, tumbada en el suelo, haciendo funcionar un tablero donde corrían varios cabellitos mecánicos simulando una carrera. Sus expresiones impropias de una niña de su edad y el tono en que las pronunciaba motivaron que John y «Brazaletes» cambiaran una mirada de desagrado. Aquella niña, pensaron ambos, se les mataba por momentos.

«Brazaletes» que había comprado un enorme libro de cuentos, con todas las aventuras del Rey Arturo, debidamente ilustradas, se lo dio a John diciéndole:

—Esto lo he pagado con mi dinero. No tienes por qué asustarte, tacaño.

John quiso meterse el grueso tomo en el bolsillo de la americana. No le cabía. Su amiga se dio cuenta de que llevaba uno de los lodos del bolsillo roto y le anunció:

—Cualquier día voy a tener que hacer contigo como con ella. Eres el colmo de la desidia y de la sordidez.

—No sé, pero te estás preocupando demasiado de mis cosas.

—No es la ropa lo que me pre-

ocupa — repuso ella malhumorada.

—Te advierto que hasta los desnudistas se casan — dijo «el Triste» para mortificarla.

Era ya casi la hora de volver al cabaret, y «Brazaletes» se despidió de Marky para ir a su trabajo.

—Adiós, Lady Guinevere! — dijo gozosa la chiquilla, que había simpatizado hondamente con la canzoncista, y le daba el título de la heroína de los cuentos del Rey Arturo.

—¡Cincuenta y dos dólares! — volvió a repetir John, cuando se halló solo de nuevo ante los paquetes de su protegida, esparcidos todavía por el suelo.

Aquella noche Marky se acostó arrullada por los cuentos auténticos del Rey Arturo. Si sus compañeros hubieran sabido que dejaba de salir a divertirse por contar cuentos de hadas a una chiquilla hubiesen tenido risa para un año. Y, sin embargo, aun cuando no se lo confesara todavía a él, parecía encantarle aquello mucho más que las siempre eternamente iguales noches de cabaret. Le leyó con no pocas fatigas el primer cuento cogido en el grueso volumen al azar y luego hubo de leer otro. Sin embargo, la chiquilla no se dormía.

—Has de ser buena, y dormir como las niñas buenas.

—La nurse — exclamó la chiquilla me ha dicho que soy muy mala.

—¿Por qué? — interrogó John.

—Porque no le rezo a Dios. Todas las noches... Sin embargo, papá dijo que Dios no existe.

—¿Cuándo fue eso? — murmuró «el Triste», realmente sobresaltado.

—Cuando se murió mamá.

—Estaría desesperado. A veces, el dolor hace decir cosas que no se sienten ni se deben decir. Seguramente, tuvo un olvido.

«El Triste» se comportaba en realidad como una madrecita buena, amante de que sus hijos profesen la más sana moral. Si le hubieran dicho que un día llegaría a dar tan saludables consejos a una criatura, seguramente se le hubiesen descoyuntado las mandíbulas de tanto reír.

—¿Lo conoces, tú, a Dios? — insistió Marky, con esa testarudez de los niños inteligentes, que quieren saberlo todo.

—He oído hablar de él — prosiguió John, un tanto desconcertado —. Dios siempre es bueno. Si quieres algo puedes pedirselo y Él te ayudará.

—¿Se le escribe como a los Reyes Magos?

Basta con rezarle, nenita.

—Pero yo soy mala.

—Al contrario: eres la más buena del mundo.

—Enséñame a rezar.

¡Vaya en unos apuros que me pone esta mocosa!, pensó «el Triste», para su colete.

—Mejor será que te duermas. Ya rezarás otro día.

—Es que tengo que pedirle una cosa.

—Duerme, duerme. Mañana se lo pedirás.

—«Desengañoso» me enseñará a rezar.

—No sabe. ¡Y cuidado con decirle nada de todo esto!—dijo presuroso John, como si temiera que una indiscreción de la pequeña pudiera ponerlo en ridículo ante sus amigos—. Yo te enseñaré a condición de que no digas nada a nadie.

—¿Es un secreto? — preguntó Marky.

—Sí, un secreto entre tú y yo. Ponte de rodillas. Junta las manos. Cierra los ojos.

Una vez hubo ejecutado lo que le mandaba, la niña abrió los ojos y preguntó:

—¿No te pones tú de rodillas también?

—No, yo quiero verte.

—¿Y qué hago ahora?

—Repite lo que voy a decirte. Así: «Antes de dormir, te quiero pedir, que mi alma salves. Si he de morir, hazme buena».

—A ti?—le preguntó la chiquilla, que lo iba repitiendo todo.

—No, a ti. He dicho buena, no bueno; luego, es a ti. A ver: «Hazme buena. Amen.»

—¿Ya está?

—Ya está—repuso «el Triste».

—Bueno, ahora, pide lo que quiero.

—Pídelo tú misma.

—La niña se arrodilló de nuevo, juntó las manitas, cerró los ojos y dijo con gran emoción:

—¡Dios mío, cómprale un traje a «el Triste», que el que lleva está muy viejo.

Y se acostó.

Si a John le hubieran dado una ducha no hubiera sentido mayor impresión. Poco le importaba que la «Brazaletes» y sus amigos le motejaran de astroso y de pordiosero. Pero dicho así, con aquella sencillez e ingenuidad de la chiquitina, le causó un efecto que no es para descrito.

AMOR DE PADRE

Al día siguiente hallábase parte de la pandilla junto al mostrador del cabaret donde trabajaba «Brazaletes». «Desengaños» llevaba la voz cantante. Al ver lo animado de la discusión, la bailarina se acercó sin ser vista de los reunidos.

—¡Os juro que es verdad! — aseguraba «Desengaños» —. Yo tampoco lo creía y he tenido que emborracharme. Me lo hizo pagar dólar a dólar. ¡Fantástico! Le mandan cincuenta y dos dólares de ropa para la muñeca y los paga.

—¡Mentira! — dijo «Brazaletes» entrando en el corro—. ¡Los pagaste tú!

—¡Mira, nena, ahora estoy muy bebido, es verdad, pero no tanto

que haya perdido la memoria... Y si hubieses visto con qué energía me mandó que sacara el dinero de su caja: «¡Págale a ése, «Desengaños!» Si no me agarro me caigo del susto. Pero aun no sabéis lo más bueno. Este hombre ha debido perder el juicio: Esta tarde estaba yo en su casa haciendo compañía a Marky y ha entrado él con un traje nuevo —dijo bajando la voz.

Sus compañeros creyeron que «Desengaños» deliraba por efectos de la cogerza. «Brazaletes», apoyada en una de las columnas que había junto al mostrador, meditaba. ¿Por qué le había mentido «el Triste»? ¿No sería para ocultar su debilidad? Decididamente, lo había juzgado muy

mal. No solamente era un buen hombre, sino que incluso llevaba su bondad al extremo de ocultar sus buenas acciones. Su meditación no duró mucho tiempo. Acababa de producirse en el establecimiento un revuelo general. En efecto, había entrado «el Triste» peinado, afeitado, con un terno flamante—¡oh, milagro de Mar-ky—hecho un verdadero petrimetre. Desde el botones al camarero le hicieron una reverencia creyendo que era «alguien». Aun después de mirarle a la cara dudaban de si no sería uno que se le pareciese. Y para colmo de asombro, aquel hombre que nunca pedía nada, so pretexto del estómago, pedía un cubierto.

—¡Pero John! —perdona que no te llame «el Triste», porque ya no lo pareces—. ¿Qué te ha pasado? ¿Me dan ganas de darte un abrazo delante de todos! ¡Estoy asustada! —dijo «Brazaletes», que no cabía en sí de júbilo.

—¿Es que no puede uno hacerse un traje? ¿También tú me vas a tomar el pelo?

—¿Es por lo que te dije ayer por lo que te lo has comprado?

—No, es por lo que nadie dijo —exclamó «el Triste», recordando la plegaria de la pequeña—. Me hacía falta y lo compré. Esto es todo.

—Perdona mi entusiasmo... irresistible, John. ¿No te lo habrá pagado «Desengaños», como lo de la niña?—añadió la actriz, con acento irónico.

—El lo pagó—protestó John, haciendo una mueca de desagrado.

—Sí, ya lo sé; me lo acaba de contar todo. ¡Con tu dinero! Dime la verdad. Lo habrías devuelto si él no llega a pagarlo?—prosiguió ella complaciéndose en torturar su modestia.

—Más vale que no hablemos de eso. Está hecho y hasta. ¿Quieres cenar conmigo?

«Brazaletes» se sentó a la mesa, sin salir de su asombro. En aquel momento se vieron interrumpidos por el periodista a quien ya conocemos. El reportero lamentaba tenerle que hacer a «el Triste» aquella visita, pero venían con él unos detectives enviados por la Protección de la Infancia a pedirle cuentas sobre la niña, relacionada con cierto vale y si la tenía sería mejor que la entregara, porque la Institución no podía confiarla como no fuera a un matrimonio legalmente unido, de buenas costumbres...

—Tenemos que ir a registrar tu piso «Triste»—dijo el periodista—. La ley lo exige y no hay más remedio que cumplir.

—El caso es que nos poníamos a comer—dijo John con tranquilidad, procurando dominar la tremenda emoción que interiormente sentía.

—Si es por eso, esperaremos tomando unas copas—dijo el reporter.

«Brazaletes» quedó, por lo menos, tan anonadada como su amigo. Sin embargo, en medio de su azoramiento, su astucia concibió rápidamente un plan salvador. Le pidió las llaves de su casa a John, procurando que no vieran como se las entregaba, salió con un pretexto cualquiera, envió las llaves a su criada con un botones y minutos después estaba ya la niña en casa de la actriz, adonde la llevaron dormida, acostándola en el amplio y elegantísimo lecho de la canzonetista. Y cuando los detectives registraron el domicilio de «el Tristes» no hallaron en él ni sombra de que jamás hubiera vivido allí una criatura.

No hubiera podido irse John tranquilo si no le hubiera dado un beso de despedida a la pequeña. De aquí que una vez lo hubieron dejado en paz los policías se fuera a casa de «Brazaletes», comprobando que la niña estaba tan perfectamente instalada como si hubiera estado en su propia casa. Dormía como un angelito,

en el caso supuesto de que los angelitos duerman. De buena gana se la hubiera comido a besos «el Tristes» si no temiera que su amiga pudiera reírse de aquella debilidad.

—Mañana volverán los detectives a mi casa.

—Lo celebro, porque así no puedes llevártela.

—No, si la encuentran nos fasciliarán.

—¿Tienes miedo de dejarla aquí?—le dijo ella reidora, con una mirada que era todo un tratado de seducción... y de promesas.

—No tengo miedo—manifestó John, fingiendo una seguridad de sí mismo que estaba muy lejos de sentir, porque la artista ¿por qué no decirlo?, le tentaba, y si había de ir muchos días a su casa, con el pretexto de la niña... ¿quién sabía lo que podía pasar. El no era un santo y ella... ¡ni pensarlo!

—No es que la quiera — dijo «Brazaletes», por disimular el afecto que profesaba a la chiquilla—pero si tú no puedes guardarla, me sacrificaré.

—¿La quieres! Es inútil que lo disimules.

—Y tú no ¿verdad? Tú no la quieres.

—No puedo deshacerme de ella por ser un trato de juego.

—Podías haberlo pensado antes, y no te verías en estos llos.

—Y tú, podías haberme dejado avisar a la policía, en vez de quejarte ahora.

—Tú le leías cuentos en la cama.

—Y tú le compraste ropa.

—¡Con tu dinero!

—¿Y eso qué? ¿Había de ir desnuda?

—No riñamos más, John, no disimulemos más y digamos la verdad. Soy igual que tú. La quiero, pero me resisto a admitirlo.

—Ella me ha acercado a ti—murmuró «el Triste» enlazando a su amiga por el tallo—. Hacía mucho tiempo que te quería, y si te trataba con cierto desprecio era por miedo a que llegara este momento.

—¡Cómo ha cambiado todo en dos días, John! ¿Estaré perdiendo la cabeza?—murmuraba la joven sin desasirse del abrazo—. Antes te llamaba por tu apodo y ahora... Ahora no eres «el Triste».

—El traje — comentó él en broma.

—No, no es el traje. Es que te he visto otra alma, otro corazón... Pero nos olvidamos de Steve—

dijo ella pugnando por liberarse.

—Steve está fuera.

—¿Y cuando vuelva?

—Te guardaba. Además, no lo sabrá—dijo John haciendo ademán de besarla.

«Brazaletes», que hasta entonces parecía admitir la caricia con cierta complacencia, al oír la cínica frase de su amigo se libertó de un empujón, se ensombreció su rostro, como si aquella expresión de indelicadeza de John le hubiera hecho perder toda la fe y lo echó con cajas destempladas de su casa.

—Me está bien empleado—dijo—por creer que eras diferente de los demás. ¡Vete!

* * *

Al día siguiente, a la hora del desayuno, «Brazaletes» se llevó una gran decepción viendo que la educación de Marky había descendido lamentablemente durante los tres días que solamente llevaba en compañía de ellos. Se negó a tomar las gachas y la crema con palabrotas impropias de figurar en unos labios tan candorosos como siempre habían sido y eran los suyos, pese a la bruta-

lidad de aquellas expresiones desvergonzadas cuyo significado, a pesar de que las dijera, no comprendía la niña. La reprendió dulcemente, con toda la ternura y cariño que hubiera podido hacerle una verdadera madre.

—¿Es que ya no me quieres? —le decía—. ¿Por qué no haces lo que te digo y hablas como te mando, como hablan las niñas bien educadas? ¿Es que ya no soy Lady Guinevere?

—¡Ya no hay Lady Guinevere! —le contestó desabrida la pequeña.

—Antes bien creías en ella.

—¡Eso era antes! Pero ahora han cambiado las cosas. Ya no hay Lady ni Corcel tampoco.

—Sin embargo, tú bien viste el Corcel —apuntó «Brazaletes», atacándola por su lado flaco.

—Sí, pero se lo llevaron.

—Quizá lo vuelvan a traer si hablas bien y eres obediente.

El rostro de la niña se iluminó como por ensalmo. Se puso a comer lo que le daban, dió las gracias y pidió las cosas por favor, y, en fin, parecía ser la muñeca modelo de antes.

Continuaba tomándose el desayuno cuando llegaron «Espaldas de Lona» y «Pies Cansados» a traer a Marky un regalo de John. Al oír su comedia manera

de hablar se lo reprocharon a «Brazaletes».

—La estás volviendo litri—dijeron—. ¡Mira que hacerle decir gracias porque le ha dado un poco de crema!...

—¡Ya me imaginaba yo que erais vosotros quienes malebais a la pequeña! —gritó indignada la artista—. ¡Fuera de aquí, groseros!

Como no cumplieran la orden con la debida premura, la corpulenta negra Sarah, doncella de «Brazaletes», se encargó de ponerlos a la puerta de un fuerte empujón.

El deseo que la niña había manifestado de ir con aquellos papanatus que la divertían con sus brutalidades, hizo comprender y reafirmar aún más en su opinión a la canzoncrista que mientras estuviere la chiquilla en compañía de todos ellos no podría ser una persona como era debido. Únicamente le podrían enseñar palabrotas sucias e infiltrarle una moral que el día de mañana la llevara a seguir su mismo camino. Por el bien de la chiquilla comprendía que debía apartarla de aquel ambiente tan poco recomendable para una persona mayor, cuanto menos para una chiquilla inocente. ¡Bien sabe Dios que le dolía en el alma separarse

de ella! Pero por lo mismo que la quería hondamente, comprendía que debía despojarse de su egoísmo y buscarle un lugar más propicio, donde hallara educación y buenos ejemplos. Toda la mañana estuvo pensando en ello y más de una vez derramó alguna lágrima a hurtadillas de la pequeña. Convirtiendo el deseo en acción la vistió con sus mejores ropitas, se puso ella un traje discreto y fué con la pequeña a un asilo. Explicó a la directora—una vieja gazmona y sarmentosa—su deseo de que buscara un hogar honorable para aquella niña sin padres. La puritana señora no encontraba para ello dificultad. Precisamente hacía muy pocos días había estado allí un matrimonio y le habían confiado el encargo de buscar una niña como la que ella llevaba: sumisa, bien

educada, bonita y simpática. «Brazaletes» le aseguró que Marky reunía todas aquellas condiciones. Le dijo que aquellos señores millonarios se llevaran la niña a París, para educarla allí, pero comprendía también que difícilmente se le presentaría oportunidad parecida.

La directora quiso interrogar a Marky para cerciorarse de si era verdad que creía en los Reyes Magos y era un prodigio tal de educación como aseguraba la señora que la recomendaba, pero a la primera pregunta soltó un disparate tal que «Brazaletes» tuvo que marcharse volando, llevando a la chiquilla bajo el brazo. La directora se quedó en el sillón, privada de conocimiento. Nunca se vió la mojigata señora en caso parecido.

UN CUENTO QUE SE VUELVE REALIDAD

Steve, que a la sazón se hallaba en Chicago, jugando al poker y departiendo con varios compinches de su calaña, recibió un telegrama bastante largo que le obligó a dejar la partida. Algo grave debía contener el despacho porque frunció el ceño con ademán de cólera terrible y preparó rápidamente la maleta, metiendo en ella todos los cachivaches que tenía esparcidos por los armarios de su habitación. Cuando sus amigos quisieron inquirir el porqué de aquella partida tan inesperada, bramó más bien que dijo:

—¡Voy a Nueva York a pedirle cuentas a alguien!

Dejemos a Steve con sus preparativos de viaje y volvamos al cabaret, donde actuaba «Brazale-

tes», adonde aquella noche llegó «el Triste» con más puntualidad que nunca. Estaba pesoso por su comportamiento con la artista la noche anterior, y para que ella no perdiera el buen concepto que de su persona se había formado tuvo un rasgo cuya magnitud únicamente podía apreciarse conociendo cuánto apego tenía John a las cosas materiales. Le pidió mil excusas y a continuación le entregó el estuche con el magnífico brazalete de brillantes que Steve le dejara en prenda de los diez mil dólares.

—Comprendía que lo echabas mucho de menos, que te hacía falta, y lo he traído. Si Steve me ha de pagar, lo mismo lo hará guardando el brazalete que sin

tenerlo en mi poder. Además, tenía deseos de verte para hablarte de la niña y quería, asimismo, agradecerte el interés que por ella demuestras.

«Brazaletes» contó extensamente a su amigo lo que había hecho aquella mañana, el temor de que fuera ya demasiado tarde para que una familia de calidad se quedase con la chiquilla, y le hizo ver la necesidad de mirar por ella, prescindiendo del cariño egoísta que ellos pudieran tenerle. Además, en cuanto la policía llegara a enterarse se la quitarían irremisiblemente.

—¿Por qué no la adoptas tú misma?—le insinuó «el Triste», que no se resignaba a la idea de abandonarla.

—No soy casada. Además, para buscarle un hogar decente, tenemos que volverla como era.

—¿Contándole cuentos? —arguyó «el Triste», entre amargado e irónico.

—¡Ya no cree en cuentos ni en nada! Desde que le quitamos el corcel no cree ni en el Rey Arturo. Convendría que viera el caballo. ¡Debe verlo! Es toda su ilusión. ¡Si tú supieras cómo se alegra con sólo oírlo nombrar!

—Si quieres, podemos ir a enseñárselo.

Pero «Brazaletes», durante sus

horas de preocupación, había pensado algo mucho más interesante, mucho mejor, e incluso lo tenía todo preparado para dar la gran sorpresa a la niña. Había mandado arreglar una de las salas del cabaret, instalando en ella una mesa redonda, como la de la leyenda, e incluso tenía preparados para todos sus amigos los trajes de caballeros de la Tabla Redonda. John, que al principio quedó un poco desconcertado, por lo extraño del plan, al comprender la sublimidad de la idea que animaba a su amiga a representar tal superchería quedó sencillamente encantado.

—¡Eres una mujer maravillosa! ¡Mucho más maravillosa de lo que yo me había supuesto! Mereces todo lo que te he traído y mucho más.

La idea era magnífica, pero quedaba el rabo por deshollar, y este rabo era nada menos que el convencer a todos los amigos de que debían prestarse al juego de «Brazaletes». No es nada fácil describir la juerga que se armó cuando John comunicó a la pandilla que aquella noche cerraban el cabaret para dar una fiesta particular, organizada por «Brazaletes»: una fiesta infantil en la que todos deberían vestir con trajes de caballeros del Rey Ar-

taro. La de pullas graciosas que le dirigieron no tenía cuento ni fin.

—¡Pero «Triste», ¿no comprendes que eso de caballeros, por más disfrazados que vayamos, no se lo cree ni el lucero del alba?...—decía uno.

—¿Quieres presentarla en sociedad, «Brazaletes»?—chanceaba otro.

—¡No, gracias; tengo otros compromisos sociales;—argüía un tercero haciendo remilgos de dama aristocrática.

—¡Cualquier día me visto yo de caballero Percival—gritaba «el Formón» carcajeándose a más y mejor.

—¡En inglés, en alemán, en checoslovaco y en japon, te digo: no!—protestaba «Desengaños».

Se necesitó toda la autoridad de jefe que poseía «el Triste» cuando se le subió la mosca a la cabeza y apelar a la chiquilla, a quien todos querían ya poco o mucho, para conseguir que aquella gente dieran su brazo a torcer. Y a las protestas de un principio, surgió el entusiasmo de las gentes que comprenden van a pasar una fiesta divertida y original. Las gentes son así de impresionables. Si se tiene el don de convencerlas, lo que antes rechazaban

con indignación, lo aceptan luego con entusiasmo delirante. Y algo de esto pasó con los amigos de John.

A la hora escasa de haber concebido el proyecto ya estaban todos aposentados en torno a una mesa que afectaba la forma de una herradura, esperando la llegada de Marky, que debía venir disfrazada de princesita. A la cabecera de la mesa, frente a una sillita infantil, que indicaba su sitio, había un soberbio castillete de escayola. En la puerta del cabaret figuraba el rótulo de «Reservado por esta noche para una fiesta particular», y los dos porteros, vestidos de soldados feudales, guardaban celosamente la puerta.

En lo que figuraba poterna del castillo, o dicho con mayor propiedad, en la puerta que daba acceso al salón del cabaret, sonaron sendos golpes. Acababan de presentarse ante ella dos sujetos enfundados cada uno en sus férricas armaduras. Eran nada menos que los archibrutísimos «Pies Cansados» y «Espaldas de Lona».

—¡Dos caballeros!—gritaron los porteros convertidos en centinelas.

—¡Dos caballeros!—repitió el guardián interior, con el mismo acento solemne.

—¡Que pasen! — exclamó con el mismo acento ceremonioso «el Triste».

Arrastraron unas cadenas por el suelo, simulando que alzaban el puente levadizo, y penetraron los aludidos sujetos en la estancia.

—¿Cómo devolveremos estos trastos al museo, una vez haya terminado la fiesta?—decía «Pies Cansados» a su compañero por bajo de la visera.

—¡Los echaremos al río!—contestó el otro.

—¿Cómo?

—¡Si podemos quitárnoslos, que lo dudo mucho! — rectificó «Espaldas de Lona».

—Me alegro que hayas pensado en ello—tosió su compinche, que se ahogaba con el humo del cigarro puro, oculto bajo la visera del casco que se empeñaba en no mantenerse derecha.

La entrada de los luchadores fué algo triunfal. Los fuleros y empleados del cabaret—convertidos todos en caballeros por obra de la persuasión de «Brazaletes» y «el Triste»—los saludaron con una ovación estrepitosa, acallada bien pronto, porque en aquel instante hacía su entrada la princesita, conducida por Lady Guinevere, o dicho con mayor propiedad por «Brazaletes», disfrazada

de la citada dama de honor y protectora de la princesa. Todos los improvisados caballeros se levantaron de sus asientos e inclinaron sus sombreros a lo mosquetero, hasta barrer con ellos el suelo.

—¡Bienvenida a la Tabla Redonda!—saludó ceremonioso «el Triste».

—¡Te saludamos, princesa, y moriríamos todos por ti!—exclamaron todos a coro.

—¡No estaría mal! — repuso Marky con un descoco que los hizo reír a todos.

Vestida con su traje de princesita estaba más encantadora que nunca. Parecía uno de esos «bibelots» de porcelana de Sajonia que decoran los salones de las mansiones señoriales pero con la particularidad de que la figurina andaba, sonreía y decía frases muy ingeniosas. Luego que la princesita se hubo sentado en su trono miniatura, «el Triste», que oficiaba de rey Arturo, hizo la presentación:

—¡Mis bravos caballeros, y aquí a tu izquierda, Sir Lancelote!

—¡Hola! ¿Qué te cuentas, «Desengaños»? — saludó la pequeña.

—Soy el caballero Lancelote—

protestó el aludido, algo amoscado.

—Tus caballeros son de carne y hueso — le indicó «Brazaletes» a la niña.

—¡No hay caballeros! — rectificó ésta con tono despectivo.

—¡En esto estamos todos conformes! — aprobó sarcástico «Desengaños».

«El Triste» estaba francamente decepcionado. Su buena obra no tenía ni mucho menos el resultado satisfactorio que soñara conseguir. Pero no por ello se consideraba vencido. Tenía la convicción de que aquella reunión no dejaría de aportarle el fruto esperado si todos sabían comportarse con corrección. Era natural que así, desde el primer momento, no se aviniera la niña a ver en sus amigos a los seres de la fábula, pero algo quedaría de todo aquello en su juvenil imaginación. Al advertir a «Pies Causados» y «Espaldas de Lona» que hacían guardia detrás de la princesita, le llamó la atención sobre ellos.

—¿Tampoco estos vestidos con armadura te parecen caballeros? — le dijo.

—¡Buh, dos tipos metidos en latas como las sardinas! — repuso Marky.

—¡Esta pequeña — objeto

«Desengaños» — sabe más de lo que le han enseñado!

Alguno de los reunidos propuso en voz baja que debían marcharse, para no hacer más el ridículo, y quién aseguró, desalentado por el poco éxito, que habían sido unos idiotas de pres-tarse al juego.

«El Triste», agotados todos los recursos, decidió poner en práctica la gran sorpresa: la presentación de «el Corcel», cubierto con una gualdrapa, por el estilo de la que llevaban los caballos dibujados en la historia del rey Arturo. Mandó descorrer, al efecto, las cortinas de un departamento contiguo y apareció tras ellas el magnífico pura sangre, que el veterinario, vestido de palafrenero medieval, sujetaba por la brida.

Al ver al caballo, el rostro de Marky se transfiguró por una expresión tal de contento, que resulta difícil reflejar con palabras. Para comprender hasta qué punto le alegraba la visión de su soñado corcel, había que ver su cara sonriente, sus ojos brillantes y escuchar el palmoteo con que gritaba:

—¡«El Corcel»! ¡«El Corcel»!
¡Me lo has devuelto! ¡«El Caballero Triste» me ha devuelto mi «Corcel»!

Calló un momento, como atormentada por una duda, frunció el ceño, preocupada, y le preguntó con insistencia a su protector:

—¿Es mío? ¿Bien mío? ¿No me lo volverás a quitar? ¿Me lo das para siempre?

«El Triste» hizo un gesto de aquiescencia con la cabeza. Estaba casi tan emocionado como la niña, y aún más viendo su alegría. Se imaginó que el caballo le haría agradable impresión, pero nunca creyó que se alegraría tanto.

—No sabía que me quisieras tanto — exclamó Marky, echándole los brazos al cuello.

Ganas le daba a «el Triste» de besarla, enternecido por aquellas caricias, y de buena gana lo hubiera hecho de no estar allí todos sus amigos.

—¿No me das un beso? — preguntó Marky.

—Si te empeñas... — contestó John, un poco temeroso.

—Bésala — le ordenó «Bruzaletes».

«El Triste» la besó y todos los reunidos sintieron, no diremos conmovidos, porque acaso la expresión no reflejaría exactamente el estado de ánimo, la reacción de los contertulios, pero sí agradablemente impresionados, co-

mo si de aquella caricia hubiera participado cada uno un poco.

A Marky — ¿hará falta decirlo? — se le iban los ojos detrás del caballo. Después de acariciar a John, hizo extensivos sus mimos al veterinario.

—¡Sir Galahad, eres el más grande de todos! ¡Eres el buen guardián de mi «Corcel»! ¿Me dejas pasear? — le preguntó.

—¡Y mis bravos caballeros te seguirán! — añadió «el Triste», subiendo a la pequeña a lomos de «Príncipe».

En efecto, colocaron a Marky sobre el caballo, y todos fueron detrás, cantando a coro una marcha guerrera. Cantaban bastante desafinados y no todos sabían la letra, pero para Marky aquello era música divina, según estaba de satisfecha.

*Por el Este y el Oeste
por el Norte y por el Sur
de Londres a Singapur,
las gentes pasan cantando*

Marky era dichosa, como no lo fué nunca criatura alguna, ni siquiera la princesita del cuento maravilloso cuya personalidad encarnaba. El golpear de las espadas en el suelo con que los cantores subrayaban el final de cada estrofa, redoblaba su ale-

gría y saltaba sobre el lomo del manso «Príncipe», contagiada por el entusiasmo, mientras coro y caballo daban vueltas en torno a la gran Mesa Redonda del espacioso salón.

El veterinario dejó las bridas y se metió contrariado en una habitación contigua, donde a la sazón estaba «Brazaletes» reparando los desperfectos de su maquillage.

—¿Qué te pasa? — preguntó la joven al ver su cara macilenta, que contrastaba tanto con el rostro de pascuas de todos los demás.

—¿Oíste que me llamó «buen guardián»? ¡Qué paradoja! Yo, buen guardián, cuando mañana he de darle la droga al caballo. Ganará, pero lo matará.

—¿Quieres decir que morirá el pobre animal?

—Sí, morirá para comprarte más joyas, «Brazaletes». Tú serás la principal responsable de que el pobre hecho pase a mejor vida.

El veterinario durante el tiempo que llevaba cuidando al inteligente animal había llegado a encariñarse con él y le dolía en el alma tener que officiar de verdugo. Suponía que el ansia de joyas de la actriz era el principal motivo de que el animal estuvie-

ra coodenado a muerte y de aquí que se expresara en tal forma. Con tal vehemencia lo hizo, que los ecos de la discusión llegaron a oídos de «el Triste», y éste entró en la habitación donde estaban sus dos amigos. Al ver que el veterinario tenía en su mano la droga que había de proporcionarle tan fabulosa ganancia, temeroso de que fuera a romperla se la quitó de un tirón.

«Brazaletes» intentó arrebatárselo el diminuto tubo de cristal donde iba la inyección, pero «el Triste» se desasó violentamente de ella arrojándola sobre un diván.

—¿Serás capaz de matarlo? — protestaba — sabiendo que es la mayor ilusión de la niña? ¿Que le ha devuelto su inocencia?

—¡Le compraré otro! ¡Estáramos frescos que por una tontería semejante fuera a tirar cincuenta mil dólares!

—El periodista — exclamó «Brazaletes» — dijo que la niña podía caer en malas manos. Te conocía bien. ¡Me he equivocado otra vez! Creía que habías cambiando. ¡Llévate tu dinero! Pero por muchos billetes que tengas, siempre serás el lacayo más miserable de Broadway. ¡Te odio!

Mientras «Brazaletes» y «el

«Triste» se hallaban empeñados en la violenta discusión que acabamos de referir, en el salón continuaban divirtiéndose por todo lo alto. Los reunidos, en pos del caballo que Marky montaba tan satisfecha, seguían coreando la canción a voz en grito.

Fuera, en la puerta del cabaret, ocurría algo muy digno de ser mencionado. Steve había llegado ya de Chicago a Nueva York, y al ir a franquear el umbral le chocó ver a los porteros disfrazados con aquellos trajes atrabiliarios. Enterado de lo que sucedía, mandó llamar sigilosamente a un tal Buga, su hombre de confianza en la pandilla, y le mostró el telegrama que le pusiera tan fuera de tino. Se lo había mandado Sarah, la criada negra que Steve puso para que vigilara a su amiga «Brazaletes». En dicho despacho le refería que su señorita había dormido una noche en casa de John, y le ponía al corriente de otras particularidades nada tranquilizadoras. De aquí que Steve hubiera montado en cólera al leerlo y hubiese emprendido tan precipitadamente el viaje aun a sabiendas de que con ello corría

el riesgo de perder los cincuenta mil dólares que debían tocarle en las carreras del día siguiente.

Su subordinado no le pudo aclarar nada ni darle ningún detalle complementario. Sólo sabía que hacía de caballero medieval — de hada, como decía él — e ignoraba incluso los motivos de la fiesta. Para averiguar este extremo, Steve penetró en el salón, hallándose con la fiesta que ya conoce el lector.

Mentiríamos si no dijésemos que su entrada causó extraordinaria sorpresa, y no precisamente muy agradable. «Brazaletes» se sintió invadida por una angustia terrible y su rostro se demudó completamente. Corrió a saludar a su amigo e incluso intentó acariciarlo, pero éste la rechazó de un empujón.

—¿Quién trajo el caballo? Estáis locos, ¿teniendo que correr mañana?

—¡Por favor, Steve! — suplicaba la artista, procurando contenerlo.

—¡Baja de ahí! — le gritaba a la pequeña.

—¡Es mi corcel! ¡Mío! — protestó ésta.

UN NUBARRON

Cuando Steve intentó acercarse para desmontarla, el caballo lo reconoció y se encabritó violentamente. Sabido es que el noble animal le tenía un pánico feroz. Al encabritarse, tiró a la pequeña, que fué a dar contra una columna del salón, recibiendo tan fuerte golpe que se quedó desvanecida. Hubo un momento en que todos creyeron que el caballo, al retroceder encabritado, huyendo de Steve, iba a coger bajo sus patas traseras a la criatura, que yacía en tierra exánime. La sangre fría de «Espaldas de Lona», que la arrastró violentamente del lugar donde había caído, evitó que la inocente Miss Marky fuera magullada por el asustadizo animal.

John y «Brazaletes» recogieron a la pequeña, que no volvía en sí, y tal como estaban vestidos salieron con ella en un coche hacia el hospital. Steve, un poco desconcertado por la catástrofe que acababa de provocar, ni se dió cuenta de la partida de aquellos a los que en su fuero interno molestaba de traidores y contra quienes pensaba ejercer su venganza de manera implacable.

La niña, que a su llegada al hospital no llevaba trazas de recobrar el conocimiento, fué sometida a un minucioso examen. El médico diagnosticó una fuerte hemorragia interna por efecto de la rotura de un vaso sanguíneo a causa del golpe. Se desangra-

ha por momentos y su situación era francamente desesperada. El médico les habló con sinceridad. A su juicio, no existían esperanzas de salvación. Únicamente había un hombre capaz de realizar con éxito una tentativa para salvarle la vida. Se trataba del especialista doctor Ingalls, pero el doctor se estaba casando o iba a casarse en aquellos momentos y no era posible irlo a buscar en ocasión tan crítica para que efectuara una operación.

«El Triste» preguntó dónde era el casamiento. Una de las enfermeras le indicó la iglesia. Allí se fué John con sus acólitos «Espaldas de Lona» y «Pies Cansados», dispuesto a traerse al novio, de grado o por fuerza. Una vez más iba a demostrar John su cariño por aquella mocosa que se le había metido tan dentro del corazón. El doctor iría. ¡Vaya si iría!, pensaba, mientras hacía volar al auto que los llevaba hasta donde se estaba casando. Iria aunque tuviera que matar desde los testigos al monaguillo. No había atentado nunca contra nadie, pero aquel cariño era más fuerte que su voluntad, y por salvarla estaba dispuesto a morir o matar.

Llegado que hubieron a la iglesia, se metieron en la ante-

sacristía, desde donde vigilaban al novio, y en el momento en que éste se quedó solo, irrumpieron encañonándole las pistolas. Los dos luchadores le taparon la boca y le cogieron en volandas, con la facilidad de quien transporta una bandeja de café.

En tanto, los médicos del hospital, dada la debilidad gradualmente en aumento de la enfermita, decidieron efectuarle una transfusión de sangre, a lo que se prestaron de muy buen grado todos los amigos de la pandilla de «el Triste». Uno tras otro fueron desnudando su brazo izquierdo para que el encargado del laboratorio analizara la posibilidad de utilizar el líquido revitalizador que generosamente se disponían a dar. No dejaba de ser un tanto extraña la conducta de aquellos seres depravados, más dispuestos a verter la sangre que a entregarla. Solamente la simpatía de Miss Marky podía obrar semejante milagro.

Steve, por su parte, deseoso de comprobar la veracidad del telegrama, se fué a interrogar a la criada negra, y la devolución de las joyas, dada la tacañería proverbial de «el Triste», acabó de confirmarle que le habían traicionado. Cargó su pistola, tomó unos cargadores de repuesto, y

sin más dilaciones se encaminó hacia el hospital, seguido de Bugs.

—Yo no iría a buscarle al hospital — murmuró este último —. ¡Con tanto médico, es capaz de salvarse...!

—No te preocupes, que no los necesitará—arguyó colérico Steve—. ¡Por mucho que corran, les va a servir de poco su trabajo!

El doctor que efectuaba los análisis iba mezclando una tras otra la sangre de los donantes con la de la enfermita. No servía ninguna de las ofrecidas.

—¡No mezcla!—decía el hombre con desaliento.

La inesperada llegada del doctor Ingalls, encañonado con disimulo por las pistolas de John y de sus acompañantes, hizo renacer la confianza de los galeños, que ya daban todo esfuerzo por inútil.

El médico ordenó a una de las enfermeras que telefonase a la iglesia dando cuenta de que requerido por una operación de vida o muerte tardaría un par de horas en volver, y dicho esto pasó a la sala de operaciones, donde ya estaba todo dispuesto para proceder.

En vista de que ninguna de las sangres probadas daba resultado, el médico solicitó la presta-

ción de un nuevo grupo. John y los luchadores entraron en el laboratorio. Tan sólo faltaban ellos. Todos los demás habían sido probados, con resultados negativos. También la sangre de estos últimos pertenecía a un grupo que no ligaba con el de la enferma. El pulso de ésta se iba debilitando por momentos. Los internos que seguían, segundado por segundado, su respiración y el latir de su corazón, opinaban que le quedaban ya muy pocos momentos de vida. La enfermera propuso llamar a otro, pero los doctores aseguraron que sería vano el intento, porque si tardaba más de diez minutos, la criaturita habría expirado ya.

Inútil decir la consternación que se pintó en el rostro de todos y particularmente en el de «Brazaletes» y «el Triste». Toda la pandilla formaba corro ante la puerrecilla del quirófano, contando mentalmente los segundos que pasaban. El silencio sepulcral solamente se vela turbado por algún monosílabo de los médicos, cambiado en voz baja, y por las emanaciones de oxígeno que daban a la chiquilla para reanimar su respiración, por momentos más decaída e intermitente.

«Brazaletes» y John, apoyados uno contra otro, hacían esfuer-

zos desesperados para contener el llanto.

En esta postura se hallaban cuando se abrió la puerta del ascensor y apareció Steve, encañonándolos con una pistola.

— ¡Sois unos traidores — gritó — y vais a llevar vuestro merecido ahora mismo!

Pero en aquel preciso instante apareció «Desengaños», que salía del laboratorio, situado precisamente detrás de Steve. Con rapidez de relámpago se dio cuenta de la situación y encañonó a su vez al asaltante con su arma.

— ¡Deja ese juguete o te meto todo el cargador por la espalda!

La orden fué pronunciada en voz baja, pero con un tono tan conminatorio que Steve no se la hizo repetir dos veces. Entregó la star a uno de los del corro. Uno de los internos que acertó a pasar en aquel momento, al ver una cara nueva inquirió con satisfacción:

— ¿Otro voluntario para dar su sangre?

— Así es — confirmó «el Triste».

— Haga el favor de pasar — ordenó el médico.

Steve quiso resistirse, pero la presión de la pistola de «Desengaños» sobre la espina dorsal le

dió a entender que no había otra solución, y seguido del que en este caso podríamos llamar «el apuntador», entró en la estancia donde estaba el analista con el microscopio y los cristales de ensayo ya prestos.

— ¡Quítate la chaqueta! — ordenó John con ademán imperativo, apuntando también con la pistola que llevaba oculta, como su compañero «Desengaños», en el bolsillo derecho de la americana.

Ante la lentitud con que procedía Steve, «Desengaños» y «el Triste» le arrancaron casi de un tirón la americana, le subieron la manga de la camisa, y en un momento estuvo listo el análisis que, al fin, daba un resultado positivo.

Pasaron a Steve al quirófano y le ordenaron que se acostara sobre una mesa de operaciones. A un metro de distancia de él, sobre otra camilla, estaba el cuerpo inanimado de la gentil Miss Marky, pálida, cadavérica, inmóvil, con la mascarilla de oxígeno sobre el rostro.

Frente a la puerta de entrada, mirando afanosos y amenazadores a través de unos ventanucos emplazados a la altura del rostro de una persona, doce caras miraban afanosas y amenazadoras

los ademanes de Steve, para indicarle bien a las claras con la expresión de su mirada que la resistencia a cumplir las órdenes del médico equivalía a firmar su sentencia de muerte.

—¡Echese aquí! — le ordenó el doctor Ingalls.

Obedeció de pésima gana, no sin antes mirar hacia la puerta nuevamente.

En el momento de acostarse le aplicaron sobre la cisura del brazo el extractor y pusieron el otro extremo en el brazo de la chiquitina.

ENTRE LA VIDA Y LA MUERTE

«El Tristes», sin ánimos para soportar por más tiempo aquella escena cuya visión era superior a sus fuerzas, se había alejado hacia uno de los ventanales de la estancia donde estaban todos los de la pandilla, y desde allí, fijos los ojos en lo alto, comenzó a musitar una plegaria.

¿Cuántos años hacía que no había rezado? Sin duda alguna, desde la infancia.

Pero en aquellos momentos de angustia suprema, desesperado de que la ciencia de los humanos pudiera devolverle su tesoro, elevaba sus preces a Dios, al Dios cuya existencia afirmara a Mar-ky en cierta ocasión solemne y que en aquel momento invocaba por y para ella.

«Brazaletes», al ver a su amigo en aquella actitud estática, se acercó cautelosamente y oyó un murmullo como de plegaria a «el Tristes».

—¡Ya sé que es audacia la mía—decía—, pero te pido por ella!... ¡Sálvala, Dios mío! ¡No la dejes morir! ¡Sálvala! ¡Es una muñequita! ¡No pido nada para mí! ¡Nada!

Y al mismo tiempo que decía esta última palabra, estrujaba entre sus dedos, apretados como garfios, el tubito de cristal con la droga que debía matar al día siguiente a «el Corcel», y lo hacía añicos.

—«Tristes», perdóname lo que te dije — sollozó «Brazaletes»,

apoyándose en el regazo de su atribulado amigo.

—¡Tenías razón!—afirmó éste—. El mayor tacaño del Broadway.

—¡No, eres un hombre de corazón, John!

—Si la niña se salva, quizás los tres...

—Se salvará; Dios te habrá oído.

—¡Ojalá haya sido así, amiga mía! ¡Ojalá se salve para que nosotros sepamos lo que es un hogar y un cariño.

La chiquilla, en efecto, como si el Todopoderoso hubiera escuchado la plegaria de John, empezaba a revivir al recibir en sus venas la sangre de Steve. Este seguía con asombro los movimientos lentísimos que se iniciaban en aquel cuerpecito que volvía a la vida.

—¡Está reviviendo! —dijo—. ¡Mire cómo se agita, doctor!

—Su sangre le da la vida—afirmó el especialista Ingalls.

—¿De verdad? ¿Mi sangre?

—¿Le gusta dar vida? —preguntó el doctor.

La verdad es que nunca soñó que él hubiera podido hacer tal cosa. Y menos aquel día. Precisamente había ido al hospital a todo lo contrario. No pudo con-

tener una carcajada ante tan singular pirueta del destino.

—Gracias a usted podré operar y salvarla —dijo el médico, sacando a Steve de sus reflexiones.

—¡Qué bueno! —murmuró el malvado—. Es como si fuera su padre.

La pequeña respiraba ya de una manera normal.

—Buena sangre... buena sangre —decía en voz baja el doctor.

A Steve aquellas afirmaciones le producían un contento excepcional. El hecho de que ninguno de sus amigos hubiera servido, y su sangre mereciera tales alabanzas, llevaba al fanfarrón fulero al límite de la alegría. ¡Lo que él iba a presumir!

—Sangre fuerte y buena—confirmó una vez más el médico quitándole el extractor y ordenando que no dieran más oxígeno a la paciente.

Esta abrió lentamente sus picaruelos ojillos, entonces un poco mortecinos, y al ver a Steve, dijo con voz cariñosa:

—¡Oh! ¡El caballero fuerte!

Aquella exclamación acabó de colmar de satisfacción al vanidoso Steve. Hombre impresionable, de una egolatría que corría

parejas con lo impulsivo de su carácter, aquel episodio le había hecho olvidar todos los rencores de antes. No había tenido la virtud de volverlo más bueno, o en todo caso su transformación en tal sentido era ínfima. Pero en cambio le llenaba de júbilo el saber que había servido para algo que no servían los demás. En su ignorancia supina se imaginaba haber dado una demostración contundente de que era más hombre que todos ellos. Desconocía que en el ligar o no ligar no entra para nada la fortaleza del individuo, y esta idea de creer que superaba a todos, no le dejaba pensar ya en nada más.

—La muñeca vivirá — les dijo a todos, cuando salía del quirófano—. Y vivirá gracias a mí, que soy más hombre que todos vosotros juntos. Porque soy fuer-

te. Porque tengo lo que vosotros no tenéis: sangre fuerte:

«El Triste» y «Brazaletes» manifestaron su inmensa alegría estrechándose fuertemente ambas manos y cambiando una mirada llena de promesas para el futuro.

—Y no olvides — gritó Steve, ya desde el ascensor — que si quieres alhajas él te las comprará. No tiene sangre, pero tiene dinero.

Cuando el malvado cerró las puertas del ascensor, Jhony y «Brazaletes» se unieron en apretado abrazo mezclando sus lágrimas, que en aquel momento eran de alegría inmensa.

Sin decirselo, pensaban que podrían casarse, adoptar a la pequeña gozar el amor que en silencio se habían profesado tanto tiempo, tener un hogar y una personilla adorable que llenaría el vacío de sus vidas.

FIN

BIBLIOTECA FILMS

saldrá en este mes de marzo de 1936

EL AÑO DOCE

de su aparición, testimoniando a sus bellas lectoras y asiduos lectores su más sincero agradecimiento y afecto.

PRÓXIMO NÚMERO:

Formidable acontecimiento!

Mares de China

Superproducción *Metro Goldwyn Mayer*

Narración sensacional y de intriga.

**Clark Gable
Jean Harlow
Wallace Beery
Lewis Stone**

PRONTO: ¡Gran producción nacional!

Una mujer en peligro

Superproducción *Atlantic Films*

Novela cinematográfica del más alto interés y emoción, cuyo asunto puede competir con ventura con la mejor producción americana.

**Antoñita Colomé
Enrique del Campo
Pablo Alvarez
Castillo**

Quiéreme siempre

Superproducción *Columbia*

Asunto delicioso, protagonista la genial

Grace Moore

PRODUCCIONES NACIONALES

Incertidumbre

por Ramón de Sanmenat

Noches de Buenos Aires

Lola Triana

por Raquel Meller

Luisa Fernanda

COMO SIEMPRE

Biblioteca Films...

ofrece a sus lectores

CALIDAD y no *Cantidad*

Ediciones BIBLIOTECA FILMS

UNA pasea el tomo

Producciones nacionales y filmadas en español

| | |
|---------------------------------|---------------------------|
| DON JUAN DIPLOMATICO | Celia Montalván |
| EL EMBRUJO DE SEVILLA | Maria Ladrón de Guevara |
| UN HOMBRE DE SUERTE | Roberto Rey |
| CASCARRABIAS | Ernesto Vilches |
| LA VOLUNTAD DEL MUERTO | Antonio Moreno |
| SU NOCHE DE BODAS | Imperio Argentina |
| UN CABALLERO DE FRAC | Roberto Rey |
| EL COMEDIANTE | Ernesto Vilches |
| LUCE DE BUENOS AIRES | Carlos Gardel |
| ENTRE NOCHE Y DÍA | Elena d'Algy |
| LOS QUE DANZAN | Antonio Moreno |
| LA DAMA ATREVIDA | Ramón Perada |
| EL PRINCIPE CONDOLERO | Roberto Rey |
| CARNE DE CABARET | Lupita Tovar |
| MERCEDES | Carmelita Aubert |
| MELODÍA DE ARRABAL | I. Argentina - C. Gardel |
| EL AGUA EN EL SUELO | Maruchi Fresno |
| ESPERAME | Carlos Gardel |
| UNA VIDA POR OTRA | Nancy Torres |
| DOCE HOMBRES Y UNA MUJER | Irane López Heredia |
| VIDAS ROTAS | Maruchi Fresno - L. Tovar |
| LA DOLOROSA | R. Díaz - Agustín Godoy |
| TRES AMORES | Mona Maris - J. Crespo |
| UNA SEMANA DE FELICIDAD | R. Rodrigo - A. Palacios |
| DALE DE BETUN | Juan de Landa - A. Colomé |
| EL DESAPARECIDO | Rambal - Trini Moren |
| EL TANGO DE BROADWAY | Carlos Gardel |
| LA ULTIMA CANCION | Antonio Ortiz |
| 20.000 DUROS | Charito Leonis |
| RUMBO AL CAIRO | Mary del Carmen |
| EL MALVADO CARABEL | Antoñita Colomé - A. Vico |
| EL OCTAVO MANDAMIENTO | Lina Yegros |
| PODEROSO CABALLERO | Casimiro Ortas |
| ALAS SOBRE EL CHACO | Lupita Tovar - A. Moreno |
| EL DÍA QUE ME QUIERAS | Carlos Gardel |
| EL GATO MONTES | Pablo Hertogs |

PERDIDOS A

EDITORIAL "ALAS"—Apartado 707—BARCELONA

Servimos números analíticos y ediciones completas, previa carta del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Envío gratis.